



Grupo Ciudades Patrimonio de la Humanidad de España, Comisión de Ciudad y Patrimonio  
con la colaboración del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Coordinación: Xosé S. Allegue, arquitecto xefe da O. Sup. de Proxectos e Infraestructuras Consorcio de Santiago

© Jesús Curros. Concello de Santiago

Coordinación editorial: Rosa Lara Jiménez y Pedro Caro González, arquitectos GMU de Córdoba

Diseño: Luz León

Imprenta: imprentatecé

D.L.: AV 57-2017



Imagen de la portada:

Plano de la ciudad amurallada de Santiago de Compostela en 1595.

“España. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Archivo General de Simancas MPD,34,021”



# Santiago de Compostela

## LA CIUDAD AL FINAL DEL CAMINO

¿Por qué nace una ciudad? ¿Por qué motivos un grupo de personas decide instalarse en un mismo lugar para convivir y progresar? Las razones podrían ser tantas como ciudades pero, en el fondo, se reducen a unas pocas: la presencia de un río, la proximidad de tierras fértiles, un cruce de caminos, la existencia de un puerto abrigado o la necesidad de defenderse ocupando un lugar elevado... Pero si éstos son los motivos por los que surgen las poblaciones, hay que reconocer que Compostela es una excepción, una anomalía, un caso raro porque este núcleo que se desarrolló en torno al sepulcro del apóstol Santiago no tiene cerca un gran río o un puerto; por no estar, ni siquiera está en un altozano en el que un grupo de gente hubiese decidido, en algún momento de la historia, atrincherarse y resistir al invasor. Y es que Compostela nace del milagro y a él le debe su prosperidad, la riqueza de sus monumentos y de su patrimonio, su cultura, e incluso las pequeñas incomodidades que a veces tiene eso de vivir alrededor de un milagro que atrae cada año a millones de visitantes. Una noche de verano del año 813 una estrella brilló en un bosque perdido en el fin del mundo para que un ermitaño la viera y diera a conocer el descubrimiento de la tumba de un

discípulo de Cristo olvidada en una remota necrópolis. Y desde entonces ya no han dejado de llegar gentes para visitar el lugar...

## ÉPOCA ROMANA Y ALTOMEDIEVAL

Pero mucho antes de que los peregrinos comenzasen a llenar los caminos para dirigirse a la lejana Compostela, las colinas y valles en los que hoy se asienta la ciudad ya estaban habitados. Los topónimos (Porta da Mámoa) y los propios restos arqueológicos que han llegado hasta hoy (petroglifos como los de Conxo o el Pedroso, y restos de castros como el llamado Castriño de Conxo) indican que nos encontramos en una zona poblada desde tiempos remotos, una zona por la que discurrió en época romana la vía XIX que unía Bracara Augusta – la actual ciudad portuguesa de Braga – con Asturica Augusta (Astorga). Después de cruzar varios cursos de agua, que sólo con mucha imaginación podríamos llamar ríos (porque, aunque Galicia es “el país de los mil ríos”, la mayoría no pasa de la categoría de regatos), la vía alcanzaba una colina en la que se asentó una mansio, es decir, una parada y fonda para los viajeros que recorrían los caminos de la Gallaecia. Esta mansio

sería, a juicio de numerosos autores, la que figura en el Itinerario de Antonino como la séptima partiendo de Braga y que es citada en varias fuentes como Asseconia o Assegonia. Y todo apunta a que no sólo la vía XIX, sino otros importantes caminos confluían en este mismo lugar convirtiéndolo en un nudo de comunicaciones de la Galicia romana. Bajo la catedral compostelana y en su entorno inmediato se han encontrado restos que corresponderían a esta pequeña población, si bien la más relevante de estas reliquias de otros tiempos no es una ruina sino una construcción que ha llegado hasta hoy: se trata de un mausoleo cuyos muros siguen en pie y en pleno uso después de dos milenios largos, que se levanta en un antiguo cementerio que se emplazaba en las proximidades de la mansio. Durante siglos, los habitantes del entorno emplearon este lugar de enterramiento hasta que fue definitivamente abandonado y olvidado.

Cómo y cuándo fue abandonada la zona son cuestiones debatidas por los investigadores en las que no vamos a entrar ahora, pero lo cierto es que en el siglo VIII la colina donde se había levantado la mansio estaba cubierta por un espeso bosque que los lugareños llamaban Libredón. Por aquel entonces es posible que la escasa población del territorio que hoy ocupa la ciudad de Santiago estuviera asentada en las proximidades de la actual iglesia de San Fiz de Solovio, y fue justamente aquí donde, a principios del siglo IX, vivió un ermitaño llamado Pelayo. Un documento fundamental en la historia de Compostela, la llamada “Concordia de Antealtares” de 1077, nos cuenta la leyenda fundacional de la ciudad: Pelayo observó unas luces que brillaban en plena noche en un bosque cercano y avisó al obispo de Iria Flavia, Teodomiro, para que viniera a comprobar el extraño fenómeno. El obispo penetró en el espeso bosque para acabar descubriendo un viejo cementerio que ocultaba algo aún más extraordinario, nada menos que un mausoleo que acogía el sepulcro con el cuerpo del apóstol Santiago y dos de sus discípulos.



1. Iglesia de San Fiz de Solovio desde la que Pelayo vio la estrella que brillaba sobre el sepulcro apostólico.

Teodomiro comunicó la noticia al rey Alfonso II el casto que, desde su lejano palacio de Oviedo, acudió hasta este remoto lugar del finis terrae para admirar con sus propios ojos el maravilloso hallazgo, convirtiéndose así en el primer peregrino de la historia.

Las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo a finales de los años cuarenta del pasado siglo por Manuel Chamoso Lamas bajo la catedral nos dan algunas pistas sobre el pasado más remoto de la ciudad. Ciertamente tenemos una necrópolis de época romana que siguió empleándose en los primeros siglos de la Edad Media, que corresponden al período de la dominación sueva en el noroeste peninsular. El mausoleo que guarda el sepulcro de Santiago Apóstol se sitúa bajo el presbiterio de la basílica. Una antigua ara romana, que se conserva hoy en el museo del convento de San Paio, sería el altar que se encontraba en el interior del edículo apostólico cuando tuvo lugar su descubrimiento (aunque sobre esto, como sobre casi todo lo que se refiere a la fundación de Compostela, hay discrepancias entre los autores).

¿Y por qué aparecen, ocho siglos después de su muerte en Jerusalén, los restos de Jacobo, hijo del Zebedeo, y discípulo de Jesús, en un bosque perdido en el fin del mundo conocido? Pues como es bien sabido, sobre este tema las teorías son muy diversas y van desde los que se niegan a aceptar semejante hipótesis hasta los que la creen a pies juntillas. Nosotros nos limitamos, una vez más, a echar mano de la tradición en forma de leyenda, puesto que se trata, sin ninguna duda, de una hermosa leyenda que merece ser contada:

Jacobo, Jaime, Yago o Santiago –que de todas estas formas es conocido– llegó a Hispania desde su Palestina natal para predicar la buena nueva en el confín del mundo, cumpliendo así el mandato de Cristo cuando dijo a sus apóstoles: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura.” (Marcos 16:15). La llegada de Jacobo a la península sería por el puerto de Carthago Nova y desde aquí recorrería los caminos de Hispania, desde las orillas del Ebro hasta una región lluviosa y neblinosa del Occidente que los conquistadores romanos tomaron por las tierras que estaban más allá del Leteo, el río del olvido, que es tanto como considerarla la tierra de los muertos. Desalentado por el poco éxito de su predicación, el apóstol regresó a Jerusalén para convertirse en el primer mártir de la nueva fe. Tras la muerte de Jacobo, dos de sus más queridos discípulos, Teodoro y Atanasio, condujeron su cuerpo al puerto de Jaffa para tomar un barco que los condujera lo más lejos posible de sus enemigos, ¿y qué lugar podía estar por aquel entonces más lejos de Judea que el mismísimo fin del mundo? De este modo regresó Santiago después de muerto al último lugar en el que había predicado mientras aún se encontraba entre los vivos. Seguramente este barco transportaba piedra para las grandes construcciones que entonces se levantaban en un país como Palestina, que los romanos trataban en vano de convertir a su cultura, y quizás de ahí venga la tradición de que

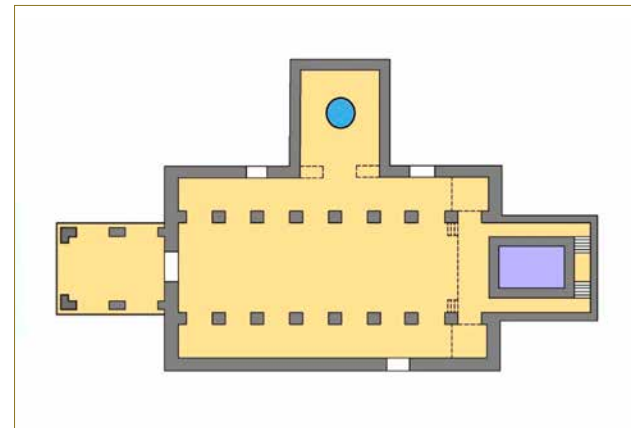
Santiago viajó a Galicia en una barca de piedra. Ya fuera ésta de piedra o, lo que es más probable, de vulgares aunque seguramente más fiables tablas de madera, Atanasio y Teodoro culminaron su viaje desembarcando cerca de la actual Padrón, donde se fueron a topar de hoz y coz con una reyezuela local, la reina Lupa (del latín lupus: lobo). El apodo con que es conocida esta gobernante desde aquellos lejanos días de finales del siglo I es claro indicio de que la monarca no debía de tener muy buenas pulgas porque, haciendo honor a su nombre, Lupa les hizo la vida imposible hasta que lograron escapar de sus garras cargando el cuerpo de su maestro en un carro tirado por dos bueyes. El camino de los esforzados discípulos continuó por valles y montañas hasta que los dos bueyes se detuvieron a beber en un arroyuelo, empecinándose luego en no moverse de tan ameno sitio. En cualquier caso, el lugar gustó a los dos jóvenes discípulos, que se quedaron para cristianizar a los nativos tras depositar el cuerpo de Santiago en un mausoleo... y allí continúa dos mil años después.

Habrà quien crea, por lo demás sin ningún fundamento, que el sepulcro apostólico pertenece a Prisciliano o a Merlín el encantador, pero lo cierto es que la leyenda dice lo que dice y las leyendas suelen tener un fondo de verdad. Y es que a principios del siglo IX la tradición de que el primero que proclamó el Evangelio en Hispania había sido Jacobo, hijo del Trueno y hermano de Juan, estaba ya muy arraigada, y sobre ella encontramos algunas menciones en el Breviario de los Apóstoles - un texto del siglo VI -, en la obra de Beda el venerable o en Beato de Liébana. Algunos de estos autores afirman que el sepulcro de Santiago el Mayor está en el Arca Marmórica, un lugar que se encontraría en algún rincón de Hispania. Beato incluso afina más y sitúa esta Arca Marmórica en la vieja Gallaecia. Así llegamos hasta la época del reinado de Alfonso II en las tierras del noroeste peninsular. En aquellos días el reino astur vivía bajo la constante amenaza de los invasores musulmanes que ocupaban todo el territorio al sur de la cordillera Cantábrica. La noticia del descubrimiento de la tumba del evangelizador de España, el amigo del Señor, en un remoto lugar del Occidente insufló nuevos bríos al pequeño reino y nada tiene de extraño que el monarca decidiese alejarse por un tiempo de las hermosas faldas del monte Naranco, donde tenía su residencia, para recorrer por vez primera el camino que conducía desde Oviedo hasta esa legendaria Arca Marmórica de las leyendas.

Nace así, entre los años 820 y 830, un primitivo lugar de culto que se conoce como Locus Sancti Iacobi. Alfonso II ordena construir en este lugar una modesta iglesia que integra en su cabecera el mausoleo de Santiago; como mesa de altar se empleó el ara romana hallada junto al sepulcro apostólico. Por lo demás, muy poco es lo que sabemos de este primer templo, que era de estructura sencilla y de pequeñas dimensiones, y que se completaría con un baptisterio anexo que,

según algunas fuentes, podría estar exento. El rey astur funda además un cenobio con doce monjes benedictinos a los que encarga la custodia del lugar y la celebración de las misas. Este monasterio fue llamado de Antealtares puesto que se encontraba delante del altar de la iglesia de Santiago. Su primer patrón fue San Pedro hasta que en el siglo XII pasa a estar bajo la protección de San Pelayo, la cual se ha mantenido hasta nuestros días.

El pequeño santuario quedará integrado en el obispado de Iria-Flavia, población situada a sólo veinte kilómetros del Locus Sancti Iacobi, pero se convertirá muy pronto en el lugar de residencia de los obispos. De hecho, una de las primeras construcciones que se va a levantar junto a los edificios religiosos originales será el palacio episcopal, a donde se traslada la curia de Iria. No deja de ser llamativo que ya el obispo Teodomiro quisiese ser sepultado junto a la tumba descubierta por él en lugar de elegir como su lugar de descanso eterno la antigua y prestigiosa iglesia de Iria, nada menos que uno de los primeros santuarios marianos de la Cristiandad. Muy seguro debía de estar el obispo de la autenticidad de su hallazgo cuando decidió cambiar su vieja sede por una humilde ermita surgida en medio de la nada. Precisamente, la aparición de la tumba de Teodomiro en el subsuelo de la catedral compostelana en los años 50 del siglo pasado fue el logro más espectacular de las excavaciones arqueológicas realizadas por Chamoso Lamas. Hoy, los restos del descubridor del sepulcro apostólico están en un sencillo mausoleo recubierto por la lauda original construido en una de las naves laterales del templo.



2. Basílica de Alfonso III, que sustituye al primitivo templo fundado por Alfonso II.

Según la tradición (o la leyenda, que en este caso viene a ser lo mismo), pocos años después, y más concretamente mientras Ramiro I reinaba en Oviedo, tuvo lugar la mítica batalla de Clavijo en esta población de la Rioja. El Apóstol Santiago habría aparecido a lomos de un caballo blanco para ayudar a los cristianos que luchaban contra los

sarracenos para librarse de pagar al emirato de Córdoba el tributo anual de las cien doncellas. Como consecuencia de esta victoria, Ramiro habría creado el "voto de Santiago" por el cual el templo apostólico recibiría la ofrenda de las primeras cosechas de todo su reino, amén de una parte del botín que se consiguiese en la lucha contra los moros. La cuestión de si tal batalla se celebró o si, por el contrario, es sólo un mito es algo que ha sido objeto de debate sin llegar a una solución aceptada por todos los historiadores. Seguramente el pequeño reino asturiano se vio obligado en sus comienzos a pagar un tributo a su poderoso vecino musulmán del sur como señal de sumisión, que es lo que los reyes asturianos combatieron para liberarse de tal carga. En cualquier caso, sea leyenda o no, el voto existió y fue, además, la base fundamental de la futura riqueza de la iglesia de Santiago. El papa Pascual II estableció a principios del siglo XII el derecho a exigir este tributo en las tierras que iban desde el Pisuerga hasta el océano, rentas que se cobraron nada menos que hasta bien entrado el siglo XIX y con las que la ciudad pudo acometer las reformas que la transformaron durante la época barroca. En 1643 la Monarquía española instituyó, como parte del voto de Santiago, la ofrenda nacional al Apóstol que se sigue celebrando en nuestros días cada veinticinco de julio. De esta leyenda viene el famoso grito de guerra de los cristianos a lo largo de toda la Reconquista: "Santiago y cierra España".

En el año 899 la humilde capilla de Santiago es sustituida por un templo mucho mayor que ordena construir el rey asturiano Alfonso III. Se trata de una edificación con pórtico, planta basilical de grandes dimensiones y tres naves separadas por pilares de base cuadrada, con cubierta completamente abovedada, una cabecera rectangular que acogía en su interior el mausoleo apostólico y un baptisterio adosado a su muro norte, cuya pila bautismal se conserva en la actual catedral. Vemos en este templo muchas de las características de la arquitectura prerrománica asturiana, como el pilar cuadrado, la tribuna abovedada, la decoración pictórica de sus muros, que nos recuerda a San Julián de los Prados, o la cabecera de testero plano y el presbiterio elevado, con una solución similar a la que encontramos en Santa Cristina de Lena. Esta iglesia albergó otra de las joyas del arte asturiano, una cruz que Alfonso III regaló a la iglesia de Santiago en el año 874 y que sólo se diferenciaba de su modelo, la Cruz de los Ángeles que se custodia en la Cámara Santa de Oviedo, en la sustitución del camafeo central por un disco con esmaltes. Desgraciadamente esta pieza, guardada durante siglos en la capilla de las reliquias de la basílica compostelana, fue robada en 1906 y en la actualidad hemos de conformarnos con la reproducción que la Xunta de Galicia realizó de ella en 2004.

El Locus Sancti Iacobi se va desarrollando a lo largo del siglo X para convertirse en el centro espiritual del reino, cuya capital se traslada a León gracias a su rápida expansión por el valle del Duero.

En el santuario apostólico se coronan los reyes Sancho Ordóñez, Ordoño IV, Sancho I o Bermudo II. A los edificios del primitivo recinto religioso se le suman las viviendas de la población que se asienta en lo que es ya una ciudad que empieza a atraer peregrinos de más allá de los Pirineos, como un tal Bretanaldo Franco, que queda a vivir en Compostela, o Gotescalco, obispo de Le Puy, el más destacado de estos pioneros que se aventuran a recorrer los caminos que llevan desde el reino franco hasta el extremo de la Cristiandad. A finales del siglo X son muchos los que se acercan al que se ha convertido en poco tiempo en uno de los más importantes centros de peregrinación de la Europa medieval.

En el año 915 el rey Ordoño II concede a la urbe el privilegio por el que cualquiera que resida en ella durante al menos cuarenta días sin ser reclamado como siervo será considerado hombre libre y podrá permanecer en el lugar. El obispo Sisnando I levanta un hospital y las primeras torres defensivas de la población, que el belicoso noble y obispo Sisnando II convierte, después de obtener permiso para ello del rey Sancho I, en un recinto amurallado completo formado por murallas, torres y un foso. Este primer sistema defensivo contaba con muros de 1,80 metros de grosor, torres rectangulares de 6,20 x 4,90 metros y un foso de 8 metros de anchura que rodeaba la zona que en nuestros días ocupa la catedral, la plaza de la Quintana, el convento de San Paio y algunas calles próximas. Todas estas transformaciones hacen que, apenas un siglo después de su fundación, podamos hablar de una ciudad, la Civitas Iacobi, bien delimitada por unas defensas que encierran un territorio de hombres libres, un recinto en el que nos encontramos con circulación de moneda. De esta Compostela prerrománica, cabeza espiritual del reino astur-leonés, nos quedan algunas ruinas y escasos pero muy valiosos recuerdos. No obstante, conservamos un testimonio aún más significativo dado que no hablamos de unos simples restos sino de toda una edificación que, con importantes reformas, ha llegado hasta hoy: la capilla de la Corticela. A principios del siglo X se funda esta iglesia como parte de un pequeño monasterio que se ubicó a pocos metros de la cabecera de la basílica de Alfonso III. Nada nos queda ya de las estructuras originales de este cenobio, origen del gran monasterio de San Martín Pinario, pero la Corticela se ha preservado como una hermosa joya prerrománica que conserva muchas de las características de las iglesias del reino astur: cabecera con tres ábsides cuadrados cubiertos con bóveda de cañón, planta basilical de tres naves separadas por pilares sencillos y con cubierta de madera. La construcción de la actual catedral obligó a demoler la parte delantera de esta capilla y a dotarla de una nueva portada, en este caso de estilo románico; además, en el siglo XIII fue profundamente remodelada, pero por fortuna estas reformas no alteraron su estructura ni esos elementos característicos que conserva de la época prerrománica.



3. Ámbito del primer recinto amurallado de Compostela.

En menos de doscientos años el pequeño santuario fundado por el asturiano Alfonso II ocupa un lugar en la historia de Europa al transformarse en ciudad, lo cual le supuso riqueza y un renombre que no hizo más que crecer, pero también le trajo no pocos disgustos en una época tan convulsa como aquella. Mientras el Locus no llamó demasiado la atención debido a su pequeñez, los años pasaron

apaciblemente para sus escasos habitantes, el siglo IX transcurrió sin mayores sobresaltos. Pero la situación varió considerablemente a lo largo del siglo X, un tiempo en el que la villa asiste atónita al enfrentamiento entre los nobles gallegos y el rey, a peleas entre obispos y a la llegada de visitantes bastante menos deseados que los peregrinos francos que comienzan a hacerla famosa. El noble Sisnando Menéndez - el famoso obispo Sisnando II que amuralla la urbe - se rebela contra Sancho I el Craso y acaba en prisión mientras un nuevo noble, nada menos que el futuro San Rosendo, es nombrado obispo en su lugar. Sisnando logra escapar de la cárcel y expulsa de la ciudad al obispo Rosendo, que le recuerda a su rival aquello de que «aquél que a espada hiere, a espada morirá». El buen santo abandona las tierras de Santiago y se encierra en Celanova mientras Sisnando tiene que enfrentarse a una nueva amenaza: los vikingos de Gunderedo, el hermano del rey Harald de Noruega. Gunderedo deseaba apoderarse de las riquezas que dejaban en la ciudad del Apóstol los muchos peregrinos que ya por aquel entonces la visitaban. Los normandos desembarcan en la ría de Arousa y Sisnando les hace frente en el lugar de Fornelo hasta que un flechazo acaba con su vida. San Rosendo había acertado al profetizar la muerte violenta de su rival, si bien el santo obispo no estuvo tan acertado con el arma que acabaría poniendo fin a las andanzas de Sisnando. En cualquier caso el santuario apostólico termina en manos de los invasores venidos del norte, que se pasarán tres años saqueando Galicia hasta que sean finalmente derrotados.

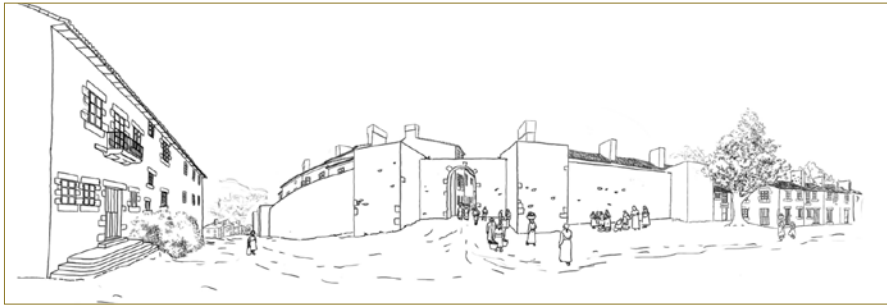
Será también en este convulso siglo X cuando el Locus pasa a ser conocido con el nombre de un suburbio de la ciudad mencionado en algunos documentos como “Compostella”, poético nombre cuyo origen es motivo de discusión. Creen unos que deriva de “Campus stellae”, lo cual haría referencia a la estrella que indicó la ubicación del sepulcro, pero los estudiosos hace tiempo que desecharon esta lírica explicación para derivarlo más bien de “compositum tellus”, que recuerda que el origen de la ciudad está en un lugar de enterramiento, mientras que otros entienden que procede del dicho “id est bene composita”, es decir, “lugar bien hecho”.

Pero aún se guardaba el siglo X una desagradable sorpresa antes de despedirse de las dulces tierras del noroeste peninsular para siempre. El 10 de agosto del año 997 el caudillo cordobés Almanzor arrasa e incendia Compostela cuyo obispo, Pedro de Mezonzo, antiguo abad de Antealtares, evacúa la ciudad. Cuentan las leyendas, de las que esta tierra de Santiago es tan rica, que el caudillo árabe dio de beber a su caballo en la pila bautismal de la basílica, la misma pila que hoy se puede ver en la catedral, y que sólo respetó la tumba apostólica porque vio a un anciano monje orando ante ella. Este religioso, que fue capaz de inspirar temor al impávido Almanzor, era el propio Pedro de Mezonzo. Ocho días duró el saqueo hasta que, finalmente, Almanzor decide retornar al sur haciendo que los cautivos cristianos transporten sobre sus hombros las campanas de la basílica compostelana para servir de lámparas en la mezquita cordobesa. Y allí permanecieron hasta que el rey Fernando III el Santo conquista dos siglos y medio más tarde la antigua capital califal y ordena que los prisioneros musulmanes devuelvan las campanas a la catedral de Santiago (curiosa costumbre hispana esa de pasear las campanas, llevándolas a hombros, de Compostela a Córdoba y de Córdoba a Compostela). No tardó el incansable obispo Pedro en ponerse manos a la obra para reconstruir la basílica de Alfonso III, la Corticela y el resto de la ciudad. Fueron tantos los méritos de este gran religioso, al que la tradición de la Iglesia Católica atribuye la composición de la Salve Regina, que fue canonizado con el nombre de San Pedro de Mezonzo.

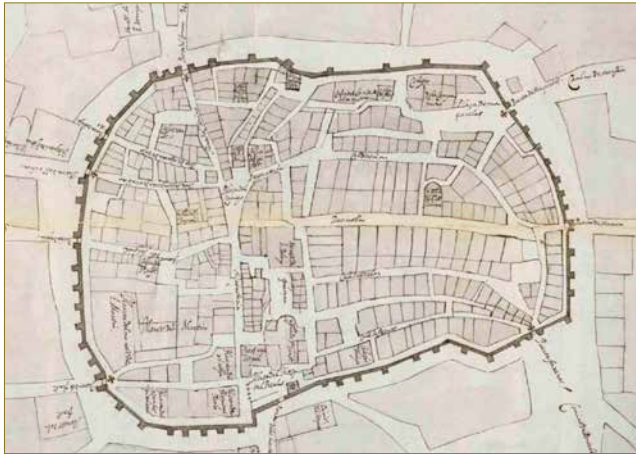
## LOS SIGLOS DE ESPLENDOR

Desde el aciago año de la visita de Almanzor hasta la fecha de la llegada de otra visita tan poco deseada como aquella, la de la Peste Negra a mediados del siglo XIV, Compostela vivirá una época de desarrollo que la va a conformar en buena medida como hoy la conocemos.

El obispo Cresconio va a edificar en el siglo XI la segunda muralla de la ciudad, mucho más amplia e imponente que la de Sisnando, y que llegará, mejor o peor conservada, hasta el siglo XIX. Muy poco es lo que hoy nos queda de este recinto, sólo una de sus puertas y algunas torres y pequeños lienzos que han quedado incorporados a otras edificaciones, pero el trazado de la muralla medieval



sigue dando forma a la ciudad histórica y su recorrido es perfectamente visible en el plano de la ciudad. Siete eran las puertas que tuvo inicialmente: la Porta do Camiño, a donde llegaba la vía que seguían los peregrinos francos; la de Mazarelos, por donde entraban los carros que abastecían



4. Plano de la ciudad amurallada en 1595

a la urbe del vino del cercano valle del Ulla o del Ribeiro; la Porta da Mámoa, cuyo nombre es indicio de la existencia de esos restos megalíticos que prueban la antigüedad del poblamiento de Compostela; la Porta Faxeira, adonde llegaban los peregrinos lusitanos; la de la Trinidad o del Santo Peregrino, puerta por la que se salía al cementerio destinado a los peregrinos que fallecían en la ciudad y que, con el tiempo, también sirvió para enterrar a los enfermos que fallecían en el Hospital Real (creado en el siglo XVI); la puerta Subfratribus, que a partir del siglo XIII pasó a llamarse de San Francisco, tras la instalación aquí del convento fundado por el santo de Asís; y, finalmente, la Porta da Pena. A estas siete puertas principales se le añadieron con el tiempo otras



5. Puerta de Mazarelos.

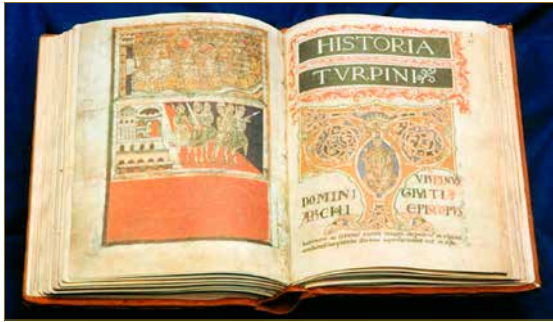
menores -o postigos- como las de la Algalia, San Fiz o el postigo do Souto.. Los cambios que la sociedad europea conoce a partir del año 1000 favorecen la peregrinación a Compostela. El desarrollo del comercio y el resurgimiento del fenómeno urbano, con el nacimiento de nuevos burgos o el crecimiento constante de los viejos núcleos de población de origen romano, son hechos que llevan a Occidente a salir de su aislamiento, una expansión que puede presentar formas violentas (las Cruzadas) o más pacíficas (la peregrinación a santuarios, de los que el más importante era Compostela).

En el siglo XI el flujo de peregrinos al sepulcro de Santiago era tal que se hizo necesario levantar un enorme templo, uno de los mayores de la Cristiandad en aquella época, para albergar a toda esta marea de visitantes. Desde este momento y durante buena parte de la Edad Media se va a consolidar un fenómeno motivado por razones religiosas aunque no de un modo exclusivo. En el siglo XII nos encontramos ya con una ruta bien estructurada, con etapas que concluían en lugares preparados para atender la demanda de estos peregrinos medievales. Surgen al borde de esta ruta, que hoy conocemos como el Camino de Santiago, hospitales, monasterios, iglesias y albergues. Las órdenes de los Hospitalarios y de los Templarios protegían los caminos, todo bajo el cuidado de los reyes de los diferentes territorios que atravesaba.

En torno al año 1140 un religioso francés, Aymerich Picaud, describe esta ruta en un libro, el Liber Sancti-Iacobi contenido en el Códice Calixtino, que es de hecho



la primera guía de viajes de la Historia. En su libro V se recogen con detalle todas las etapas y se dan consejos útiles a los peregrinos que llegan a Compostela desde Francia. Aunque el Códice Calixtino es mucho más que una primitiva guía, sus miniaturas se encuentran entre las más bellas del



6. Códice Calixtino.

arte románico; además, sus piezas polifónicas son las más antiguas conservadas en la Península Ibérica y entre ellas destaca el himno “Congaudeant catholici”, la única obra a tres voces conocida de todo el siglo XII.

La mayor seguridad en los viajes y una cierta mejora de las condiciones de vida favorecieron esta primitiva manifestación de “actividad turística” que fue el Camino

de Santiago. Pronto se pusieron de manifiesto las ventajas que suponía este flujo de visitantes para todos los territorios que atravesaba: surgen nuevos núcleos en torno al Camino, en los que no sólo van a situarse albergues o conventos sino que aparecen mercados en los que se van a intercambiar mercancías llegadas de Europa por un lado y de Al Andalus por el otro; asimismo, será el cauce por el que llegarán a la Península Ibérica las corrientes culturales europeas, el románico, el gótico, la poesía provenzal o la música polifónica.

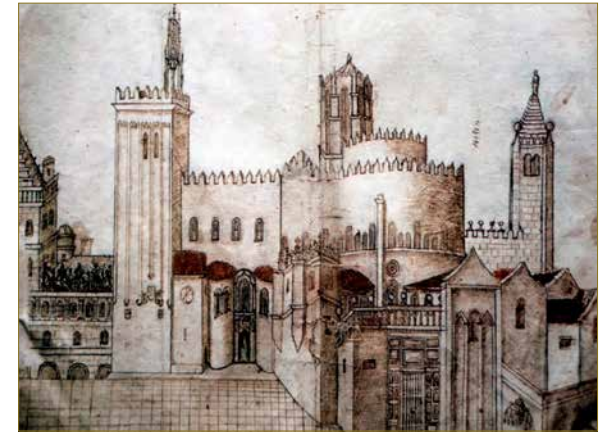
El éxito de la peregrinación tiene su principal reflejo en la nueva catedral de la ciudad. La vieja iglesia de Alfonso III, restaurada tras la razzia de Almanzor, se había quedado pequeña. En 1075 el obispo Diego Peláez, que contaba con el apoyo del rey Alfonso VI, comienza la construcción del nuevo templo bajo la dirección de dos maestros de origen francés, Bernardo el viejo y su ayudante Roberto. Condición sine qua non de la catedral románica es que conservase bajo su altar mayor el mausoleo con el sepulcro apostólico, el cual se guardaba en la cabecera de la basilica prerrománica; esto obligaba a demoler la vetusta iglesia asturiana y a edificar la nueva construcción en un espacio hasta entonces ocupado por los inmuebles del monasterio de Antealtares. El abad de esta congregación, el futuro San Fagildo cuyo sepulcro se conserva en la iglesia de San Paio, firma con el obispo la Concordia de Antealtares por la que cede a la diócesis el suelo necesario para acometer la obra de la gran catedral. Gracias a esta generosa donación, que obligó a demoler parte del antiguo cenobio, quedará libre un gran espacio tras la cabecera de la basilica compostelana que se va

a emplear durante siglos como cementerio y que hoy es la plaza de la Quintana de Mortos, una de las más bellas de la ciudad.

Los vaivenes de la iglesia compostelana conllevarán la paralización de las obras en 1088, cuando aún no estaba rematada la cabecera. Ese año Diego Peláez es destituido y no será hasta cinco años después que se reanuden gracias a la incansable labor del administrador de la diócesis,

Diego Gelmírez, personaje de capital importancia para la ciudad del Apóstol, que todavía hoy es recordado en nombres de calles o palacios. Gelmírez es muy probablemente la más destacada personalidad de la Compostela medieval. Era hijo del conde Gelmiro y había nacido en la fortaleza que el señorío de Santiago tenía al fondo de la ría de Arousa, el Castellum Honesti, en el cual su padre ocupó el cargo de alcaide. Este castillo tenía como principal misión la de impedir una nueva invasión normanda de las tierras de Santiago. En 1095 Gelmírez logra que el papa Urbano II traslade la sede episcopal de Iria a Compostela, dando así forma jurídica a lo que ya era una realidad desde hacía siglos. Veinticinco años después, la Bula Omnipotentis dispositione de 27-II-1120, dictada por el papa Calixto II, traslada a Santiago la archidiócesis metropolitana de Mérida, que entonces se hallaba bajo el dominio musulmán. Gelmírez se convierte entonces en el primer arzobispo de Compostela, honor que ostentará hasta su muerte en 1140. Desde ese momento las diócesis lusitanas pasaron a depender de Santiago hasta 1397, fecha de creación de la Metrópoli de Lisboa. Desde el siglo XV son los episcopados gallegos los que dependerán de la iglesia metropolitana de Santiago.

Gelmírez continúa la construcción de la nueva catedral, ahora bajo la dirección del maestro Esteban, que la mayoría de los autores identifican con el Maestro de la Platerías y con el maestro que esculpió las figuras de la Puerta del Perdón de la basilica de San Isidoro de León. Hasta su marcha a Navarra en 1101, Esteban continúa las obras de la cabecera e inicia el transepto, pero su obra maestra es la Portada de Platerías, fachada sur del templo que todavía se conserva aun-



7. Aspecto de la cabecera de la catedral antes de las reformas de la época barroca.

que con algunas piezas añadidas en el siglo XVIII procedentes de la fachada norte o Portada del Paraíso. Platerías es uno de los más destacados ejemplos de la escultura románica por su riqueza iconográfica, el tratamiento de paños o cabelleras y por la fuerza de sus imágenes, entre las que brillan la espléndida talla de la mujer adúltera - mencionada en el Códice Calixtino -, la creación de Adán, Cristo en majestad o el famoso Rey David músico que vemos en una de sus jambas. Antes de las modificaciones introducidas a partir de la época barroca, todo el programa iconográfico de la catedral estaba maravillosamente ideado: la portada norte se centraba en la caída de los seres humanos en el pecado; la portada sur, nos mostraba la llegada de Cristo al mundo y su Pasión para salvar a la Humanidad del pecado y, como extraordinario colofón, este programa finalizaba en el Pórtico de la Gloria, en la fachada occidental, con la representación del Juicio Final, la salvación de los santos y la caída de los réprobos.



8. Fachada de Platerías, en la catedral compostelana.

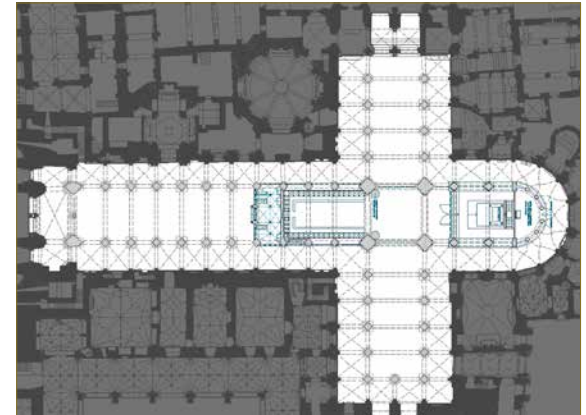


9. Rey David músico, detalle de la Portada de Platerías.

A pesar de la marcha de Esteban, Gelmírez continúa con las obras a buen ritmo. En los años en los que él ocupa la sede compostelana se construye buena parte de la catedral románica tal y como hoy la conocemos: un templo con planta de cruz latina, con tres naves, una central de mayor altura cubierta con bóveda de cañón y arcos fajones, y dos laterales, cubiertas con bóvedas de arista. Los brazos del transepto presentan también esta estructura de tres naves, lo que les da un gran desarrollo. La cabecera cuenta con una girola que rodea el presbiterio y que permitía que los peregrinos visitasen las capillas radiales o el sepulcro apostólico sin alterar las misas que se celebraban en el altar mayor. Sobre las naves laterales discurre una tribuna con arcos geminados que se empleó en la Edad Media para alojar a los peregrinos. Llegó a ser tal el olor que

despedían las ropas y los cuerpos de los caminantes que allí descansaban de los sacrificios del camino, que una vieja tradición - que al parecer no pasa de ser una mera leyenda - asegura que fue necesario inventar un sistema para purificar el aire del templo; así nació el famoso botafumeiro, gigantesco incensario que vuela de un extremo a otro del transepto despertando la admiración de los fieles, que se preguntan cómo es que aquello no termina estrellándose contra las bóvedas de la catedral. Y, si bien es cierto que en la larga historia del botafumeiro ha habido algún que otro accidente, no es menos verdad que son tan escasos que no cabe sino atribuir a la milagrosa intervención del Apóstol la proeza de hacerlo volar de un modo tan bello y magistral y, sobre todo, inofensivo para los fieles que abarrotan la basílica para contemplarlo. No obstante, hemos de aclarar en este punto que el botafumeiro no ha sido nunca una suerte de ambientador medieval, sino un objeto litúrgico empleado en las ceremonias religiosas más solemnes de la basílica compostelana.

La catedral de Santiago es la cima del arte románico en la Península Ibérica y su influencia se deja sentir en Galicia, Portugal y en otros muchos templos del Camino. Por sus características forma parte del grupo de iglesias de peregrinación, en el que también se integran edificios como San Sernin de Toulouse, Santa Foy de Conques o la desaparecida San Marcial de Limoges. Llama la atención en el caso de Compostela la perfección de sus proporciones: la nave central es el doble de ancha que las laterales, al tiempo que el transepto tiene la misma longitud que el cuerpo principal, excluyendo la cabecera. Es también muy llamativa la gran variedad y riqueza de sus capiteles historiados, algunos de los cuales se atribuyen al Maestro de las Platerías. Interior de la catedral de Santiago.



10. Planta de la catedral románica. Plano del Plan Director de la Catedral

El Códice Calixtino cita la fecha de 1122 como la de colocación de la última piedra. Según este documento la portada occidental estaría también rematada en esas fechas, lo cual ha sido objeto de debate entre los historiadores. Pero, tanto si existía a los pies de la basílica una fachada hoy desapa-



11. Interior de la catedral de Santiago

recida como si el autor del Códice se inventa este dato, lo cierto es que 1122 es un año esencial para la ciudad del Apóstol y para las peregrinaciones puesto que con motivo del remate de las obras el papa Calixto II, que había sido peregrino a la tumba de Santiago cuando era arzobispo de Vienne, concede la gracia del Año Santo a la iglesia de Compostela. Desde entonces se celebran los años jubilares jacobeos cada vez que el día 25 de julio, festividad de Santiago Apóstol, coincide en domingo. Este privilegio fue confirmado por diversos papas hasta que Alejandro III lo declaró perpetuo equiparando a Compostela con Roma y Jerusalén.

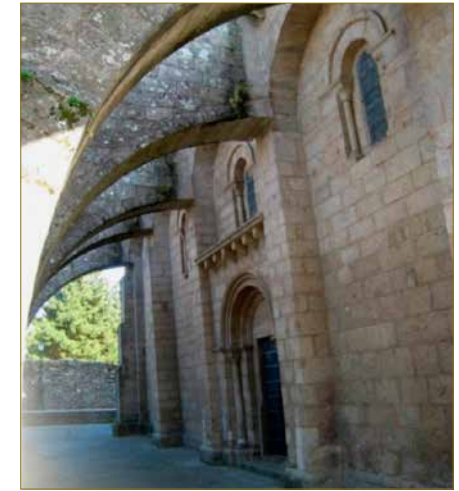
No es la catedral el único legado que nos ha dejado Gelmírez, de hecho muchas de las iglesias de la ciudad tienen origen en fundaciones del gran

arzobispo, como la colegiata de Santa María la Real de Sar - extraordinaria basilica románica fundada en 1134 que sorprende por la inclinación de sus pilares -, el monasterio de Conxo - fábrica barroca que aún conserva un pequeño tramo de su claustro románico -, o la iglesita de Santa Susana, hoy integrada en el parque de la Alameda, y que guarda estrecha relación con uno de los hechos más sorprendentes protagonizados por el arzobispo compostelano. Sucedió el año de 1102, cuando Diego Gelmírez llevaba muy poco tiempo ocupando la recién estrenada sede episcopal de Compostela y trabajaba con denuedo para reforzar el prestigio de su iglesia. En aquellos tiempos nada gozaba de más prestigio entre los cristianos que las reliquias de los santos, reliquias de las que era rica la vieja ciudad de Braga, la Bracara Augusta del tiempo de los romanos, y por ello hasta allí viajó don Diego acompañado de una cohorte de prelados como correspondía a un hombre de su poder e influencia. El santo obispo de Braga recibió a su colega compostelano con todos los honores sin sospechar que una noche, mientras la vieja ciudad dormía plácidamente, Gelmírez se dispuso a recorrer las iglesias para hacerse con las reliquias de Santa Susana, San Fructuoso o de San Cucufate (más conocido en Cataluña, donde predicó y acabó siendo martirizado, como San Cugat). Con todo sigilo abandonó Braga llevando tan pía carga y llegó a Santiago, donde fundó varios templos en honor a sus nuevas reliquias, que se negó a devolver a pesar de los requerimientos del Papa de Roma. Estos hechos, narrados años más tarde en una obra historiográfica fundamental,

la "Historia Compostelana" - mandada redactar por don Diego para su mayor gloria - son conocidos desde entonces como el "Pío Latrocinio".

La labor de gobierno del arzobispo afectó a todos los ámbitos de la vida ciudadana y eclesiástica, a él se debe la reorganización de la curia, que llegó a tener 72 canónigos, siete de ellos cardenales; acuña moneda, que circuló por todo el reino de Galicia, y dicta un decreto de precios, que sus jueces se encargaron de hacer cumplir, para dar mayor seguridad al tráfico comercial; crea una red de abastecimiento de agua a la ciudad; incrementa su poder en todo su señorío, y organiza en el castillo de los Honesti, en Catoira, una flota de guerra, la primera que tuvo el reino de Castilla, para evitar la amenaza de nuevos invasores normandos o musulmanes. A él se debe la creación de un estudio, remoto antecedente del estudio viejo que a principios del siglo XVI será el origen de la Universidad compostelana; en este estudio se formaban los canónigos que, en muchos casos, el arzobispo enviaba a Cluny o a París para completar su formación. Las buenas relaciones del arzobispo con la orden de Cluny fueron fundamentales para que ésta extendiera el culto jacobeo por Europa, pero además de un personaje de iglesia Gelmírez era un noble de su tiempo, y enormemente influyente además. Sus relaciones con la reina castellana, Urraca, hija de Alfonso VI, fueron muy conflictivas y tuvieron altibajos (de hecho, la reina llegó a encarcelar a Gelmírez en 1121), aún así el obispo coronó en 1111 al hijo de Urraca, Alfonso Raimúndez, que tenía entonces sólo seis años, como rey de Galicia en la catedral de Santiago, provocando la ira de su padrastro el rey aragonés Alfonso el Batallador. Años después el hijo de Urraca se convirtió en Alfonso VII, el Emperador, rey de León y Castilla, y nombró a Gelmírez canciller de su reino.

Pero, a pesar de los beneficios que la urbe recibió de su prelado, éste tuvo que hacer frente en más de una ocasión a las revueltas del pueblo de Compostela. Una de las más graves tuvo lugar en 1117, mientras Urraca visitaba al obispo para acordar un pacto con él. Un grupo de ciudadanos rodeó el palacio donde ambos se encontraban, incendiándolo y llegando a plantar fuego a la toda-



12. Colegiata Santa María la Real de Sar. Los contrafuertes refuerzan los muros debido a la inclinación de los pilares del edificio.

vía inacabada catedral románica. Los exaltados santiagueses lograron atrapar a la reina de Castilla, que fue paseada desnuda por el espacio que siglos más tarde ocupará la Plaza del Obradoiro. Gelmírez logró escabullirse por los tejados disfrazado de mendigo. Cuentan las crónicas que el obispo advertía a los grupos que encontraba por la calle que había visto a Gelmírez en cualquier otro lugar para así desviar la atención y lograr escapar del populacho. Un populacho que, cuando Urraca encierra en prisión a su obispo - cosa que ocurrirá, como ya señalamos, en 1121 -, van en cambio a solicitar su liberación en agradecimiento por el heroico comportamiento del prelado durante el asedio que sufrió la urbe con la llegada de los almorávides.

Pero, haciendo honor al viejo refrán castellano de que no hay mal que por bien no venga, la destrucción del palacio del obispo obligó al incansable Gelmírez a levantar uno nuevo que, con añadidos y reformas de épocas posteriores, ha llegado hasta nosotros convirtiéndose en uno de los pocos ejemplos de románico civil que conservamos en España y en testimonio de la grandeza de la ciudad y su prelado en aquellos lejanos tiempos de la primera mitad del siglo XII.

El obispo Pedro Suárez de Deza lo restauró en su totalidad en 1180 y de esta época datan las estancias más antiguas, entre las que encontramos el salón de armas, gran espacio de la planta baja cubierto con bóvedas de arista sostenidas por arcos de medio punto sobre esbeltos pilares compuestos. Ya en el piso superior hallamos una antigua cocina, también del siglo XII, y estancias que debemos a otro gran prelado constructor, el obispo Juan Arias, que en el siglo XIII encargó al maestro Pedro Boneth la construcción del hermoso salón de ceremonias, cubierto con bóvedas de crucería que se apoyan en grandes nervios sostenidos por ménsulas pero que todavía no presentan el apuntamiento característico del arco ojival, lo que denota que se levantó en un período de transición de uno a otro estilo. Destacan por su belleza las esculturas de las ménsulas, que representan con todo lujo de detalles un banquete real animado por músicos en el que incluso podemos apre-

ciar las diferentes viandas de la época. La escena podría corresponder a las bodas de Alfonso IX con doña Berenguela, aunque hay quienes sostienen que se trata de la peregrinación de Fernando III con su esposa Beatriz de Suabia. Sean quienes sean los celebrantes, la comilona, en la que no faltó una buena empanada gallega, quedó inmortalizada para siempre.

También a la labor incansable de Gelmírez debemos otra de las joyas que atesora el archivo catedralicio: el "tumbo A", un cartulario que guarda valiosos documentos pero que destaca, por encima de todo, por la riqueza, belleza y calidad de sus miniaturas que representan a los diferentes monarcas que mostraron devoción por Santiago. Este códice, junto con el Calixtino y el manuscrito mozárabe del Libro de Horas de Fernando I, que se guarda en el archivo de la Universidad de Santiago, son tres de las principales joyas bibliográficas que Galicia tiene la fortuna de poseer.

Gelmírez morirá en 1140 dejando a la ciudad del Apóstol convertida en la gran capital espiritual del Occidente europeo y en uno de los mayores centros de poder de la época. De hecho, en los mapas alemanes de la Edad Media figura el nombre de "Jacobsland" para designar a la Península Ibérica, mientras que en los reinos españoles era habitual denominar "Camino de Santiago" a la Vía Láctea dado que los peregrinos se guiaban por el tenue resplandor de ese reguero de estrellas que se veía en las noches claras para llegar a Compostela. El Camino se llenará de hospitales, de albergues y de monasterios que asisten a los peregrinos enfermos o dan alojamiento a los que anhelan llegar ante la tumba de Santiago, y con esa corriente incesante de gente - que algunos investigadores han calculado que podía superar los 200.000 anuales en los momentos de máxima afluencia - se transmitirán también las ideas, el comercio o el arte. El Camino va a convertirse en una zona de contacto entre Al-Andalus y la Europa cristiana. Un embajador del emir almorávide Alí ibn Yusuf se asombró en 1121 al ver que era tan grande la multitud de peregrinos que iban o retornaban de visitar el sepulcro de Santiago que apenas quedaba libre la calzada que conducía a Compostela.

Por la ruta jacobea llegarán a la Península las órdenes mendicantes, como franciscanos o dominicos, o las órdenes creadas en Tierra Santa para proteger a los palmeros que acudían al Santo Sepulcro, como los templarios o los hospitalarios, y que van a realizar la misma función con los peregrinos que se dirigían a Compostela.

Pero si las ventajas que supone el flujo de peregrinos son enormes en buena parte del Occidente europeo, y especialmente en el norte de la Península, esta llegada masiva de visitantes a Compostela va a condicionar el desarrollo de la urbe. No sólo se construye una catedral desmesurada para la población que entonces tenía la ciudad, sino que buena parte de la economía local va a depender de los ingresos que aportan los peregrinos. En torno a la puerta norte de la catedral se instalarán



13. Arco de Palacio, entrada al Pazo de Gelmírez

tiendas donde se vendían objetos de azabache a los visitantes, y en la puerta sur se colocarán los plateros, lo cual ha quedado reflejado en la toponimia local. En la misma entrada del Camino francés en Compostela encontramos al gremio de “concheiros”, dedicados a la fabricación de conchas de diferentes materiales, que adquirirían como recuerdo los peregrinos; en la actual Rúa da Moeda Vella, situada en las proximidades de la catedral y cerca del barrio judío, se van a instalar los cambistas que cambiaban el dinero de los extranjeros por moneda local. Pero evidentemente no todo son ventajas en esta afluencia de visitantes y también van a proliferar en los Caminos a Santiago los ladrones y aventureros, algo que a la larga será utilizado por Lutero para desprestigiar la peregrinación a Compostela, lo cual será uno de los motivos por los que el Camino comenzará un lento declive durante toda la Edad Moderna.

## LA OBRA DE MATEO

En la segunda mitad del siglo XII encontramos instalado en Compostela y trabajando en las obras de la catedral a uno de los más grandes artistas de toda la Edad Media, el maestro Mateo, del que, sin embargo, es muy poco lo que sabemos. No conocemos su origen ni en qué lugares había trabajado con anterioridad, y ni tan siquiera podemos afirmar cuándo ni dónde muere. El primer documento que lo menciona es un privilegio del rey Fernando II, fechado en 1168, que le encarga que remate la basílica del Apóstol. A partir de ese momento y hasta los primeros años del siglo XIII la actividad y la obra de Mateo van a ser extraordinarias. Él será quien remate la fachada occidental que hoy podemos ver desde el interior del templo, una fachada románica - en la que destaca el



14. Pórtico de la Gloria, maestro Mateo, catedral de Santiago de Compostela.

amplio rosetón - flanqueada por dos torres y en la que brilla por su maestría y riqueza de detalles el Pórtico de la Gloria, la obra cumbre de la escultura románica y una de las más bellas creaciones de toda la escultura medieval, la cual todavía conserva parte de su rica policromía. En los dinteles de esta portada figura la fecha de 1188 como la de su terminación, pero lo más probable es que la obra se prolongara algunos años más.

El Pórtico, tal y como hoy podemos verlo, presenta un gran tímpano central y dos arcos laterales. Todo el conjunto se apoya en unas bestias infernales, aplastadas por el peso de la Iglesia triunfante que se aparece en todo su esplendor en el tímpano. El parteluz que divide el vano central representa el árbol de Jesé con la genealogía de Cristo; en este mismo parteluz aparece la figura, tallada con gran naturalismo y casi como escultura de bulto redondo, del Apóstol Santiago, que recibe en la puerta de su templo a aquellos que se acercan a visitarlo. El tímpano está dominado por un majestuoso Cristo en majestad rodeado por los símbolos de los evangelistas y ángeles que portan los instrumentos de la Pasión. Todo el resto del espacio está ocupado por las imágenes de los justos que llegan de la gran tribulación y el coro de los veinticuatro ancianos del Apocalipsis. Llama la atención el naturalismo de estas figuras, a las que vemos dialogando entre ellas, y portando instrumentos musicales, unas piezas consideradas por los musicólogos como una de las mejores muestras de instrumentos medievales que han llegado hasta nosotros.

El arco situado sobre la puerta de la izquierda representa a personajes del pueblo hebreo, mientras que el arco situado sobre la puerta derecha recoge las figuras de los condenados a las penas del infierno, sin que Mateo excluya aquí refinados ejemplos de crueldad que no ocultan ningún detalle del destino que espera a los que caen en el pecado.

Especialmente interesantes son las jambas del conjunto, con las figuras de los profetas y de los apóstoles. De nuevo sorprende en ellas su naturalismo, la calidad de los pliegues de sus ropas y su expresividad, más próxima a la sensibilidad gótica que al hieratismo románico. Un profeta en particular nos atrae por la calidez de su sonrisa: se trata de Daniel, que según la maledicencia popular parece observar complacido los pechos que muestra la reina Esther situada frente a él. Tales picardías molestaron mucho a los miembros del cabildo compostelano, que decidieron cortar por lo sano los rumores rebajando los generosos pechos de la doncella hebrea hasta dejarla lisa como un mozalbete, lo cual pudo haber provocado las protestas del pueblo que, en venganza por tal injuria a la obra del gran maestro Mateo, decidió llamar queso de tetilla a los más famosos quesos del Camino de Santiago. Sea como fuere, la sonrisa de Daniel nos anuncia desde su puesto en el glorioso Pórtico de Mateo nuevos tiempos, los tiempos de la sensibilidad y la expresividad góticas, cuyas formas arquitectónicas empezamos a vislumbrar en las bóvedas de crucería que se sitúan en



15. Coro pétreo de Mateo, Museo de la catedral de Santiago.

el mismo Pórtico y, sobre todo, en la espléndida cripta en la que se apoya el conjunto y que está considerada como una de las joyas del protogótico español junto con las catedrales de Ávila y Cuenca. La cripta tiene la estructura de una pequeña iglesia y cuenta con pórtico, transepto y deambulatorio. Es un espacio propio de una época de transición en la que, junto a las formas románicas, aparecen bóvedas de crucería.

Mientras el incansable Mateo levantaba su fachada todavía tenía tiempo para construir otra pieza extraordinaria que ubicó frente al altar mayor de la catedral: el coro pétreo, que formaba un recinto cerrado por tres de sus lados, con setenta y dos sitials labrados en el mismo granito que el resto del edificio y distribuidos en dos cuerpos, una sillería baja para los canónigos de menor jerarquía, y una sillería alta con magníficos sitials cubiertos con un dosel de piedra sostenido por columnillas. Esta pieza, única en el mundo, fue el primer coro que se ubicó en el eje de la nave central frente al presbiterio. Posteriormente, y siguiendo su ejemplo, todos los coros españoles se han colocado en esta misma posición. Desgraciadamente, el coro pétreo fue desmontado entre los años 1603 y 1604 por el arzobispo Juan de Sanclemente para sustituirlo por otro de estilo renacentista, el cual acabó siendo trasladado en pleno siglo XX de modo que la catedral en la que nace la tradición española de colocar el coro en medio de la nave es una de las pocas en la que nada impide la visión del altar mayor desde cualquier punto en el que nos situemos (y es que, como ya apuntamos anteriormente, no hay mal que por bien no venga). Pero no tenemos por qué lamentar la pérdida de esta preciosa obra de Mateo porque en 1995 una parte considerable del coro pétreo fue reconstruido en una gran sala del museo catedralicio gracias a la labor de los profesores Ramón Otero Túñez y Ramón Yzquierdo Perrín.

Numerosas piezas atribuidas a Mateo o a su taller aparecen hoy recolocadas en diferentes espacios de la catedral compostelana, si bien llama la atención uno en especial por su singularidad; se trata de la Puerta Santa, una entrada que sólo se abre para recibir a los peregrinos que se acercan a visitar al Apóstol en los años santos. Veinticuatro figuras procedentes del coro pétreo decoran esta puerta construida en 1611.

Mateo vivió en pleno siglo XII, una época en la que los artistas no pasaban de ser meros artesanos anónimos, por eso resulta sorprendente por su modernidad que el maestro quisiera aparecer

retratado junto a su obra. Al parecer el genial escultor se colocó entre las figuras de los justos que rodean al Cristo del Pórtico, osadía que fue condenada por el señor arzobispo, que obligó a su autor a figurar arrodillado humildemente a los pies de su obra como si pidiera perdón eternamente por considerarse digno de estar a la altura de los santos. Este retrato de Mateo, que porta una cartela con la palabra “architectus”, es conocido popularmente como el “santo dos croques” por la costumbre que tienen los compostelanos y bastantes foráneos de golpear sus cabezas contra la testa de piedra del artista para ver si adquieren parte de su genio.

## LA COMPOSTELA GÓTICA

Entre los peregrinos que se acercaron a Santiago a lo largo del siglo XIII figuraban un humilde fraile de Asís que se llamaba Francisco y otro religioso, éste procedente del reino de Castilla, conocido como Domingo de Guzmán. Ambos van a fundar en las afueras de la ciudad dos conventos que, siglos más tarde, se convertirán en espléndidos edificios que aúnan muy diferentes estilos. No obstante, ambos conservan restos de sus primeras fundaciones: el convento de San Francisco apenas unos arcos ojivales de su antigua sala capitular, pero el de Santo Domingo cuenta en su iglesia (parte de la cual es gótica) con una de las cabeceras más espléndidas de la arquitectura de las órdenes mendicantes en la Península.

Existió otro convento franciscano en el lugar de Trasouto cuya iglesia, dedicada a San Lorenzo, ha conservado parte de su estructura medieval, si bien ahora el conjunto es un bellissimo pazo que alojó en su día al nieto de los Reyes Católicos, que en 1520 convoca Cortes en Compostela cuando iba camino de Alemania para convertirse en Carlos V.



16. Cabecera gótica de la iglesia de Santo Domingo.

Mientras tanto, las obras en la catedral no se detienen. En 1211 es consagrada la basílica con la presencia del rey Alfonso IX quien, aunque entonces no podía saberlo, estaba asistiendo a la consagración del templo en el que acabaría descansando para siempre. Al taller de los discípulos de Mateo debemos las esculturas yacentes que cubren las tumbas reales que ahora ocupan la capilla de las reliquias de la basílica compostelana y que se encuentran entre las mejores

muestras de la primera escultura gótica en España anterior a 1230; en uno de estos sepulcros se guardan los restos de Alfonso IX, que está acompañado por Fernando II, la reina Berenguela - esposa de Alfonso VII -, el conde Raimundo de Borgoña - consorte de la reina Urraca - y la reina Juana de Castro, esposa de Pedro I el cruel.

A mediados del siglo XIII otro gran arzobispo constructor, don Juan Arias, impulsa el novedoso estilo gótico en una Compostela dominada aún por el peso del románico. Este prelado amplía el viejo palacio de Gelmírez y proyecta la construcción de una gran cabecera gótica en la catedral, obras que se inician pero que nunca se concluirán. En las afueras de la ciudad construye una gran ciudadela diseñada por arquitectos franceses, la fortaleza de A Rocha Forte, en la que residirán los prelados en el futuro para protegerse del revoltosísimo pueblo de Compostela, que de hecho terminará destruyéndola a fines del siglo XV durante la revuelta de los Irmandiños. Sus ruinas son hoy visibles en el compostelano barrio de A Rocha tras ser excavadas recientemente.

Pero aunque la cabecera gótica fue definitivamente abandonada, el nuevo estilo va penetrando en el viejo templo románico: capillas como la de las reliquias o la de Mondragón están cubiertas por bellas bóvedas de crucería; en 1384 comienza la construcción del cimborrio gótico que corona el crucero de la basílica, obra de Sancho Martís; y, finalmente, a principios del siglo XVI se construye el gran claustro que sustituye al antiguo claustro románico. Esta obra - proyectada por Juan de Álava - pertenece a una época de transición al renacimiento pero mantiene todavía estructuras góticas, con bóvedas y pináculos ojivales en un espacio que presenta ya decoración renacentista.

En este período la ciudad sigue recibiendo a una cantidad ingente de peregrinos y se va expandiendo, tanto dentro de sus murallas como en los burgos que surgen extramuros a lo largo de los caminos que conducen a ella. Los hospitales de peregrinos, los talleres de los diferentes gremios - plateros, azabacheros, caldereros -, las iglesias y las casas más o menos humildes van llenando el viejo Vicus Francorum (actual Rúa do Franco), el Vicus Novus (la Rúa Nova) o el Vallis Milvorum (la moderna Rúa do Vilar). Y a pesar de los siglos transcurridos todavía podemos encontrar, perdidos en esa red de viejas calles tejida por el tiempo, edificios medievales

como el palacio del rey don Pedro (s. XIV) en la calle de San Miguel, el torreón de los Ocampo (s. XV) en la Algalia de Arriba, la portada de la Casa Grande (actual edificio de Correos) del s. XV en la calle del Franco, la casa nº 29 de la Algalia de Abaixo (s. XIV) o la casa de Bazán (s. XVI) en las Casas Reales.

Es ésta una época de leyendas que han dejado su huella en la ciudad, algunas tan visibles como el precioso crucero gótico que recuerda en la Puerta del Camino al herrero Juan Tuorum, acusado de un crimen que no cometió y que fue por ello salvado milagrosamente por la Virgen María. Aunque otras leyendas, en cambio, resultan menos edificantes, como aquélla que sucedió en la calle fantasma de la Balconada. Porque la ciudad de Compostela, a la que nada parece faltar, también tiene una calle espectral que no existe, pero que existió, y cuyo trazado aún se adivina entre la Rúa do Vilar y la Rúa Nova. Aquí dicen que fue asesinado un prelado, tras lo cual la calle fue purificada con sal y condenada al olvido, si bien el pueblo - que se inventó unas pícaras coplas para guardar memoria de estos hechos - jamás la olvidó.

## EL RENACIMIENTO

En 1495 un notario y regidor de Santiago crea un colegio de estudiantes. El notario se llamaba Lope Gómez de Marzoa y a él le debemos la fundación hace más de quinientos años de la Universidad compostelana. Poco después, en

1501, unos canónigos fundarán el Estudio General o Viejo, que se convertirá en Universidad con el arzobispo Alonso III de Fonseca, quien movido por su espíritu humanista abre el colegio de Santiago Alfeo y el de San Jerónimo, que se completarán a principios del siglo XVII con el Colegio de San Patricio de los Irlandeses.

En 1532 el arzobispo Alonso III ordena levantar un gran edificio para albergar la Universidad; éste será con el tiempo el celebrísimo Colegio de Fonseca - el



17. Palacio del rey don Pedro.



18. Claustro del renacentista Colegio de Fonseca.

mismo que se queda “triste y solo” en la famosa canción de la tuna compostelana -. El proyecto corresponde a Juan de Álava y a Alonso de Covarrubias y presenta una hermosa portada plateresca y un claustro, construido por Rodrigo Gil de Hontañón, que está coronado por una prodigiosa crestería. A la izquierda de la puerta del colegio encontramos un salón con un rico artesanado de estilo mudéjar, mientras que a la derecha se abre una capilla que todavía mantiene el estilo gótico.

Santiago vive a partir del siglo XVI un lento declive de las peregrinaciones. Aún así, a raíz de la visita de los Reyes Católicos en 1492, éstos ordenan levantar junto a la catedral un gran hospital para atender a los peregrinos. En 1501 dieron comienzo las obras del edificio, diseñado por Enrique y Antonio Egas, con una planta de cruz griega y cuatro patios muy similar al hospital de Santa Cruz en Toledo y al hospital de Granada. La portada es una obra maestra del plateresco, mientras que los dos patios delanteros son obra de Rodrigo Gil de Hontañón. Sin embargo, destaca en el gran Hospital Real su esbelta capilla gótica, con la filigrana de las rejas del maestro francés Guillén Colás, su bóveda estrellada y las delicadas esculturas de sus cuatro pilastras. En el exterior una cadena de piedra circunda la parte superior del edificio, justo por debajo de la serie de gárgolas, no del todo pudorosas, que bañan los austeros muros exteriores del viejo hospital en los abundantes días de lluvia que la naturaleza regala a la ciudad de Compostela.

El tercer gran edificio construido en los años de transición del gótico al renacimiento es el del nuevo claustro de la catedral. A Juan de Álava, que inicia la construcción, le sucede Gil de Hontañón, que levanta la fachada del Tesoro en la plaza de las Platerías decorada con medallones y una hermosa crestería plateresca. En una de las esquinas de esta fachada se eleva una original torre, rematada por una pirámide escalonada, que evoca las grandes pirámides que los conquistadores descubren en la América recién conquistada.



19. Patio renacentista del Hospital Real.



20. Fachada plateresca del Hospital Real.

Pero el nuevo estilo renacentista va a extenderse a



21. Fachada del Tesoro, edificio del claustro de la catedral de Santiago, plaza de Platerías, Rodrigo Gil de Hontañón.

otros muchos lugares y obras atesoradas en la catedral: las portadas de la sacristía o de la sala capitular; el retablo pétreo de la capilla del Salvador, de Juan de Álava; el relieve en terracota del Descendimiento de la capilla de Mondragón, obra del sevillano de origen francés Miguel Perrín; la Virgen de Prima, de Cornelis de Holanda; el sepulcro de don Diego de Castilla, del flamenco Arnao; los frescos descubiertos en la bóveda de la capilla de San Pedro, o la extraordinaria custodia procesional de Antonio de Arfe, que el profesor Filgueira Valverde calificó como “platería plateresca”. Mención aparte merece la sillería de Juan Dávila y Gregorio Español, que sustituyó al coro pétreo de Mateo, y que hoy podemos admirar en el coro alto de la iglesia de San Martín Pinario.



22. Fachada renacentista de la iglesia de San Martín Pinario. Bartolomé Fernández Lechuga.

Hasta las primeras décadas del siglo XVII continuarán levantándose edificios renacentistas, en los cuales podemos apreciar la evolución desde el plateresco del primer tercio del siglo XVI a un estilo más sencillo y equilibrado en el segundo tercio para llegar al desnudo y severo herreriano de fines del XVI e inicios del XVII.

Al primer período corresponde el inmueble que Gil de Hontañón construye tras la iglesia de Santa María Salomé; al segundo, más sencillo en la decoración, pertenecen el hospital de San Roque o el colegio de San Clemente; y al período final pertenece la iglesia del monasterio de San Martín Pinario, que sorprende por sus proporciones y monumentalidad, obra del portugués Mateo López cuyo trabajo fue rematado por Bartolomé Fernández Lechuga, a quien se debe el elevado cimborrio del templo y su fachada. Final-

mente, al estilo manierista italiano corresponde el retablo de mármol que preside la iglesia de San Lorenzo, obra de talleres lombardos.

## LA GRAN TRANSFORMACIÓN DEL BARROCO

La economía de la sede apostólica, que hasta los inicios de la Edad Moderna había girado en torno a las peregrinaciones y los recursos que traían, comenzará a depender de las rentas que el arzobispado de Santiago (que era el tercero de España por volumen de ingresos en los siglos XVII y XVIII) o ciertas congregaciones religiosas, que poseían enormes extensiones de tierras (los monasterios de San Martín y San Paio serán las congregaciones con más rentas de Galicia), van a atraer a la ciudad. Con estos ingresos se llevará a cabo toda una transformación urbana y arquitectónica de la Compostela medieval, que se convertirá en una espléndida ciudad barroca pensada para albergar celebraciones religiosas con toda la pompa y el esplendor que requería la iglesia del Apóstol Santiago, cuyo patronazgo de España estuvo en discusión durante estos años.

En el período que va desde el inicio del siglo XVII hasta fines del XIX la ciudad antigua de Santiago de Compostela va adquiriendo la configuración con que hoy la conocemos. Las viejas casas medievales, construidas en la mayoría de los casos con materiales de baja calidad, son sustituidas por edificios de piedra. El desorden urbanístico que caracteriza al recinto medieval es corregido por las disposiciones del Concejo compostelano, que marca alineaciones, suprime soportales, cierra callejas y rincones que eran empleados por los delincuentes para perpetrar sus crímenes, y regulariza espacios como las rúas do Vilar o Nova, con sus palacetes y sus soportales de piedra, además de preocuparse del embellecimiento de la ciudad.

Por su parte, el Cabildo lleva a cabo un ambicioso plan de modernización de la catedral y su entorno inmediato, de acuerdo con los planes del canónigo Vega y Verdugo, que buscarán glorificar la casa del Patrón de España creando un escenario adecuado para las ceremonias religiosas que se celebraban en su honor. El interior románico de la basílica se llena de grandiosos retablos barrocos, de aparatosos órganos y de capillas reformadas de acuerdo con los cánones del nuevo estilo. Pero la gran transformación ocurre en el exterior: una vestidura barroca oculta las formas medievales del templo, al tiempo que se crean en cada una de sus principales entradas espectaculares plazas en las que no falta el sentido escenográfico, espacios como la Quintana o Platerías parecen pensados para servir de marco a las grandes celebraciones de la época.

La primera gran obra barroca en Compostela se debe al salmantino Peña del Toro, que crea el Pórtico Real de la Quintana, coronado por un gran arco de triunfo. Su sucesor como maestro de obras de la catedral, Domingo de Andrade, completará el trabajo de Peña del Toro cerrando la



cabecera románica con el muro de la Quintana y su Puerta Santa, aunque su obra maestra es el remate barroco que levanta sobre la Torre del Reloj. Esta torre, formada por un primer cuerpo medieval, un segundo cuerpo de planta cuadrada con templete en las esquinas, un tercer cuerpo ochavado con delicados templete que parecen filigranas en piedra por su gran ligereza, todo ello coronado por una cúpula rematada por una linterna, se concluye en 1680 y constituye, sin duda, una de las más hermosas obras de todo el barroco español.

El espacio de la Quintana, entonces ocupado por el cementerio de la catedral, queda rodeado por otras obras de Domingo de Andrade, como la Casa de los Canónigos y la Casa de la Parra, con las que se configura una plaza de extraordinaria belleza y armonía a pesar del contraste entre la exuberante cabecera de la catedral y la severidad monacal del muro de San Paio, que sólo se ve alterada por tres sobrias hileras de ventanas.

A Domingo de Andrade le sucederá Fernando de Casas y Novoa que, con un estilo todavía más ornamental, reforma la fachada occidental creando un telón que protege el pórtico de Mateo. Casas



23. Fachada del Obradoiro, catedral de Santiago, Fernando de Casas y Novoa.

Novoa se encontró con que una de las torres de esta fachada, la de las Campanas, había sido ya transformada por Peña del Toro en una filigrana barroca con forma de aguja y él hace lo mismo con la otra, la llamada torre de la Carraca. Finalmente, levanta Casas el retablo de piedra que constituye el cuerpo central de la nueva fachada dotado de grandes ventanales para iluminar el interior del templo. De este modo crea Casas Novoa la imagen más conocida de la catedral compostelana, una imagen universal que representa a la ciudad y a toda Galicia en la plaza que la UNESCO calificó como uno de los espacios urbanos más bellos del mundo y que ahora empieza a adquirir el aspecto con que la conocemos: la Plaza del Obradoiro.



24. Retablo mayor de la iglesia de San Martín Pinario, Fernando de Casas y Novoa y Miguel de Romay.

En el entorno de la catedral dos monasterios, el de San Paio y el de San Martín, acometen una labor similar de reforma y embellecimiento. Casas Novoa construye - contando con el escultor Miguel de Romay - para la iglesia del segundo un espectacular retablo y la fachada principal del edificio en la plaza de la Inmaculada. Este mismo arquitecto es el autor del templo, levantado sobre una iglesia gótica, del convento de Belvís, así como del Colegio de las Huérfanas, en el que anteriormente había trabajado Domingo de Andrade.

La transformación que vive la ciudad llega también a las órdenes religiosas asentadas en ella, tanto las que habían aparecido en la Edad Media como las que se instalan tras la Contrarreforma. Los dominicos encargan a Domingo de Andrade la reforma y ampliación de su viejo cenobio, en el que se construyen el claustro y la torre de la iglesia. Pero la joya de este edificio es la triple escalera de caracol, obra prodigiosa de Andrade en la que el maestro parece edificar en el aire, sin apenas apoyos, las escaleras que se entrelazan mientras ascienden hasta la luz que vemos en lo alto. Andrade levanta también la nueva iglesia del convento de las clarisas.



25. Convento de Santo Domingo, triple escalera de caracol, Domingo de Andrade.

Los jesuitas, que se establecen en Compostela en 1543, construyen la iglesia y convento de la Compañía, edificio que en la actualidad pertenece a la Universidad mientras que la orden jesuítica ocupa otro gran inmueble barroco: el convento de San Agustín. A su vez, la orden mercedaria funda en 1671 un gran convento en el que destaca el gran relieve de su fachada, que representa la Anunciación, obra de Mateo de Prado.

El convento de los franciscanos se amplía y se construye una enorme iglesia diseñada por Simón Rodríguez que sigue las pautas de un estilo peculiar nacido en Compostela: el barroco de placas, caracterizado por motivos que parecen inspirados en la ebanistería y los trabajos en madera, abundan los elementos abstractos y geométricos dispuestos con un sentido anticlásico. Las fachadas se llenan de espirales y de caprichosos remates, como cilindros de piedra, algunos tan espectaculares como los que colocó Simón Rodríguez en la fachada del convento de Santa Clara. El esplendor de



26. Casa del Cabildo, plaza de Platerías, ejemplo del barroco de placas. Clemente Fernández Sarela.

este estilo llega de la mano de otro maestro, Clemente Fernández Sarela, que levanta dos palacios muy próximos entre sí: la Casa del Deán y la delirante Casa del Cabildo, en la que la decoración invade cada rincón de una fachada palaciega que no es más que un telón, una cortina arquitectónica que remata la plaza de Platerías sin tener nada detrás. La nómina de grandes maestros del barroco compostelano se cierra, ya a mediados del siglo XVIII, con Lucas Ferro Caaveiro, a quien se debe la graciosa iglesia de San Fructuoso rematada por cuatro figuras en las que los compostelanos han querido ver los cuatro palos de la baraja.

En cuanto a la escultura del período barroco, es tal la nómina de obras y autores que no es posible abarcarla en una obra tan breve. Mencionaremos tan sólo el magnífico Cristo en la Cruz de Gregorio Fernández que se guarda en la iglesia del monasterio de Conxo, en una capilla que es a su vez una de las mejores muestras del barroco de placas, y la obra de José Ferreiro, autor de numerosas piezas que se distribuyen por las iglesias de Compostela pero entre las que llama la atención por su gran complejidad el Monumento de Jueves Santo, cuyas numerosas tallas de inspiración italiana decoran hoy la sacristía de la iglesia de San Martín Pinario, templo en el que también se pueden contemplar otras obras suyas como el magnífico transparente de Santa Escolástica. En lo que res-

pecta a las sillerías de coro, la iglesia de San Martín Pinario esconde tras su retablo mayor una de las sillerías barrocas más bellas del arte español, creada por la mano maestra de Mateo de Prado.

## LOS NUEVOS AIRES DE LA ILUSTRACIÓN Y EL SIGLO XIX

A finales del siglo XVIII eran pocos los viajeros que se acercaban a Compostela; las peregrinaciones a la tumba del Apóstol eran apenas un recuerdo de otros tiempos, un recuerdo glorioso que algunos comenzaban a valorar en su justa medida, como el poeta Goethe cuando afirmaba que Europa se había formado peregrinando a Santiago de Compostela, unas palabras que parecían traer el eco de aquellas otras que Dante Alighieri había pronunciado cuatro siglos atrás: peregrino es el que va a la casa de Santiago.

La Compostela del setecientos era una pequeña ciudad dormida que todavía tenía el alma barroca... ¿dormida? Bueno, quizá no del todo porque en una España que vivía de espaldas al progreso industrial, que entonces comenzaba a gestarse en lugares como Inglaterra, la vieja ciudad santa de Galicia conoció un temprano desarrollo de la industria de curtidos que levantó un buen número de instalaciones fabriles que hoy son un testimonio de esta incipiente revolución industrial. Los restos de estas curtidurías están siendo recuperadas en nuestros días para construir en ellas viviendas de lujo u otros usos que las pongan en valor.

En la segunda mitad del siglo XVIII Santiago permanecía anclado al pasado y así, cuando en 1759 se decide sustituir la vieja fachada norte de la catedral - o del Paraíso -, por aquel entonces muy deteriorada, por una de nueva construcción, el Cabildo encarga la obra a Lucas Ferro Caaveiro, que proyecta una portada barroca. Sin embargo, la intervención de Ventura Rodríguez, director de la Real Academia de Bellas Artes, fue providencial para que Ferro Caaveiro fuese sustituido por Lois Monteagudo y, sobre todo, para que la nueva fachada de la basilica reflejase el moderno gusto artístico que impulsaba la Academia. La portada norte se compone de tres cuerpos en los que se emplea la superposición clásica de órdenes: dórico, jónico y un remate sostenido por cariátides; la decoración es más contenida y usa elementos tomados de la arquitectura grecorromana, si bien se trata de una obra de transición que no abandona del todo una cierta exuberancia barroca.

Un nuevo prelado constructor, Bartolomé Rajoy - arzobispo desde 1751 -, será el gran defensor del nuevo estilo en Compostela. A él le debemos el convento de la Enseñanza, la capilla de la Comunión de la catedral y, sobre todo, el gran edificio que él deseaba destinar a seminario conciliar y casas consistoriales y que hoy es la sede del Ayuntamiento y de la Xunta de Galicia: el palacio de Raxoi. Se trata de un palacio con casi cien metros de fachada que cierra la plaza del Obradoiro; el responsable de la obra será un ingeniero procedente de Nancy, Carlos Lemaur, que va a darle al



27. Palacio de Raxoi, plaza del Obradoiro, en Santiago, Carlos Lemaur.

edificio un aire clasicista de gusto francés que recuerda el Capitolio de Toulouse o los palacios de la plaza Stanislas de Nancy. El palacio de Raxoi es la obra maestra del nuevo estilo en Galicia y remata la más representativa de las plazas compostelanas, aquella que comparten todos los poderes que se asientan en la ciudad.

La mano del otro gran impulsor del clasicismo en Santiago, Ventura Rodríguez, se ve también en la nueva sede de la Universidad o en la capilla de Ánimas, donde el escultor Manuel de Prado se empeñó en representar a los torturadores de Cristo tomando como modelos a anónimos vecinos de la Compostela de la época, que con razón juraron odio eterno al autor de semejante fechoría.

Las iglesias de San Benito, San Miguel y Santa María del Campo, el convento del Carmen y la fachada del palacio arzobispal en la plaza de la Inmaculada completan la nómina de obras clasicistas de la ciudad.

Tras el esplendor constructivo de la época de Rajoy, el siglo XIX se inaugura con una tragedia nacional: la invasión francesa y la guerra de la independencia. En Santiago de Compostela los estudiantes de la Universidad organizan el Batallón Literario para luchar contra el invasor, ninguno regresará. Es sólo el comienzo de una serie de pérdidas - la de la capitalidad de provincia o la de las rentas del voto de Santiago - que sumarán a la conservadora sociedad compostelana en un lento declive. A ello se sumará la desamortización de los bienes de la Iglesia, que llevará a que varios monasterios de la ciudad sean abandonados.



28. Vista de Santiago en 1832, Ramón Gil Rey.

Mas, a pesar de esta decadencia, el siglo XIX va a traer una importante renovación del tejido urbano. Se construye un nuevo cementerio en Bonaval; se derriban las murallas medievales y la ciudad se abre a su entorno, a los barrios nacidos a lo largo de las distintas vías que llegaban a sus puertas; surgen calles más espaciosas, como la Senra o la Carreira do Conde; y nace la Alameda, el más bello parque de Compostela, en torno a la colina en la que el arzobispo Gelmírez había levantado siete siglos atrás la iglesia de Santa Susana. La Alameda es un clásico jardín decimonónico francés de salones; cada clase social tenía su ámbito de paseo y no se mezclaban entre sí, e incluso las viudas tenían un espacio recogido desde el que contemplaban el espectáculo de la sociedad compostelana pavoneándose entre las ordenadas hileras de árboles y setos.

La segunda mitad del siglo traerá ciertos aires de modernidad. El abuelo del gran novelista Camilo José Cela, John Trulock, construirá el primer ferrocarril gallego uniendo Santiago y Vilagarcía de Arousa, mientras que figuras como Rosalía de Castro o Alfredo Brañas empiezan a despertar el sentimiento galleguista en una sociedad tan anquilosada.

Se amplían las casas de viviendas con nuevas plantas que se cierran con galerías de madera y cristal. Las calles son

empedradas, las plazas se embellecen con fuentes, como la preciosa fuente de los caballos en la plaza de Platerías, y comienzan a erigirse monumentos en honor a personajes ilustres. Cuando está a punto de iniciarse el siglo XX, Santiago es ya la ciudad que conocemos.

## LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

El nuevo siglo comienza con una feliz noticia para la ciudad de Compostela: Montero Ríos, político nacido casi a la sombra de la catedral, es nombrado en 1905 presidente del consejo de ministros. Gracias a él se construyen edificios como la nueva facultad de medicina, la facultad de veterinaria, o el complejo del colegio de sordos, diseñado por Velázquez Bosco, todos ellos de un estilo ecléctico muy de la época. En agradecimiento, los santiagueses levantarán en el mismo centro de la plaza del Obradoiro un monumento en honor a Montero Ríos que va a elaborar Mariano Benlliure y que hoy podemos ver en la plaza de Mazarelos. Claro que también otros personajes ilustres van a merecer el honor de ser recordados en las rúas de la ciudad apostólica: Rosalía de Castro en la Alameda; San Francisco - cuya escultura será tallada por Francisco Asorey - frente al convento que fundó; y el marino Méndez Núñez en medio de los patos de la Alameda. Las pequeñas miserias y las costumbres de esta sociedad de inicios de siglo van a quedar reflejadas en ese folletín de éxito que se llamó "La casa de la Troya", espejo de la picaresca estudiantil, más ocupada en divertirse que en estudiar.



29. Parque de la Alameda.



30. Plaza del Toural, en el siglo XIX los edificios ganan nuevas plantas y las fachadas se cubren con galerías de madera y cristal.



31. Monumento a Rosalía de Castro, Parque de la Alameda.



32. Pabellón del recreo artístico e industrial, parque de la Alameda, Antonio Palacios.

En 1909 se inaugura la gran Exposición Regional Gallega. Un enorme espacio, hasta entonces vacío, se va a poblar de arquitecturas efímeras que traen una nueva moda: la del modernismo. Para esta exposición Antonio Palacios levantará un pabellón modernista que aún hoy embellece uno de los paseos del parque de la Alameda, muy cerca del lugar donde, veinte años antes, se había construido el delicado y hermoso palco de la música. Ya en la década de los 30 el espacio de la exposición regional servirá para construir el campus de la Residencia. El conjunto formado por la Alameda y este nuevo campus convierten a Compostela en una de las ciudades más verdes de España.

Durante los años de la II República Santiago es un centro de gran actividad galleguista, con la generación Nós o personajes como Ánxel Casal. Escritores como los hermanos Machado, Lorca o Gerardo Diego quedan cautivados por la magia de la

esperanzas y vidas para sumir al país en una larga dictadura de la que sólo saldrá cuarenta años después, en noviembre de 1975.

## LOS AÑOS DEL DESARROLLISMO

En la década de los cuarenta se inaugura la nueva estación de ferrocarril, comenzada casi veinte años antes, lo cual supone para la ciudad una mejora fundamental en sus comunicaciones. Se trata de un edificio historicista que incorpora la arquitectura del hierro y el cristal en su amplia marquesina. Estos mismos años el solar que en el pasado había ocupado el palacio de Altamira va a ser utilizado para edificar las naves de la segunda plaza de abastos de Santiago, un afortunado conjunto de piedra que parece evocar las grandes construcciones de la época románica. Poco más es lo que se puede citar como aportaciones de una arquitectura de calidad en los casi cuarenta años de régimen del general Franco, salvo los dos inmuebles construidos por el arquitecto Miguel Fisac en las décadas de los cuarenta y cincuenta: el colegio mayor La Estila y la sede del CSIC en el campus de la Residencia. Ambos inmuebles se plantean el problema de la integración de una obra de nueva construcción en un conjunto con el peso que tiene la historia en Santiago de Compostela



33. Edificios de la Plaza de Abastos de Santiago, Joaquín Vaquero Palacios.

ciudad y la homenajean en sus obras. Valle Inclán se retira a Compostela para pasar en ella sus últimos momentos de vida. En 1936 el estatuto de autonomía de Galicia declara a Compostela capital de la región. Desgraciadamente otra gran tragedia, la guerra civil española, trunca tantas

y en ambos casos lo hace evocando la arquitectura conventual de la ciudad con grandes muros de piedra, si bien las formas del edificio del CSIC resultan más modernas con su ondulante pórtico de acceso de láminas parabólicas.

En 1940 Santiago de Compostela es declarado conjunto histórico-artístico, lo cual es un primer paso en el proceso de protección de la ciudad histórica hasta que en 1951 se aprueben las Ordenanzas especiales que regirán la edificación en el conjunto monumental. En 1964 se aprueban las Instrucciones que dividen el casco urbano en tres áreas: el perímetro morado, para el que se dictan normas de protección más estrictas; el perímetro azul, que se configura como un espacio de respeto en torno a la ciudad medieval; y el perímetro sepia, que engloba al resto del casco urbano. Sin duda son avances importantes, aunque se trate apenas de unas pocas luces en un período oscuro que va a caracterizarse por la falta de sensibilidad en la protección del patrimonio y por la más dura de las especulaciones. En 1946 se elabora el plan del Ensanche, un espacio de la ciudad ocupado por huertas, en el que sólo existían unos pocos edificios racionalistas y un barrio de viviendas unifamiliares, la ciudad-jardín de la Rosaeda, al que en los años cincuenta se añade el barrio de viviendas sociales de las casas de Ramírez. Durante los años sesenta y setenta aquí se construirá el moderno Ensanche. El plan original proyectaba una red de calles en cuadrícula, no muy anchas y con edificios de pocas plantas, de manera que no se produjese una ruptura brusca con la ciudad histórica. Sin embargo, la realidad no pudo ser más desastrosa: las estrechas rúas de esta área de expansión van a llenarse de edificios con alturas excesivas y de pésima calidad arquitectónica, con una distribución que sólo buscaba explotar al máximo el espacio edificado. De las tres o cuatro plantas previstas para los inmuebles pasamos a una media de siete y hasta ocho plantas que oscurecían y estrechaban todavía más las calles. De acuerdo con la ley de la máxima especulación, no se proyectarán jardines, plazas amplias o espacios de equipamiento. Ni siquiera existió el más mínimo respeto por el escaso patrimonio de cierto valor existente en la zona: a lo largo de estos años cayeron, víctimas de la piqueta, preciosos edificios modernistas como el pabellón del Castromil o la sede del banco Pastor, por citar sólo dos ejemplos significativos. El Plan General de Ordenación Urbana de 1966 no hizo más que consolidar este urbanismo calamitoso.

En 1974 se aprueba un nuevo Plan General, que tampoco contribuirá a arreglar el desaguizado de los años de hierro del desarrollismo pero, al menos, servirá para dotar a la ciudad de equipamientos básicos, como la carretera de circunvalación o el polígono industrial del Tambre. Se levanta también un nuevo hospital general y se moderniza el aeropuerto de Lavacolla.

Pero hasta en la noche más oscura pueden brillar estrellas, y en esta noche oscura de Compostela no dejaron de aparecer estrellas fugaces, personajes entrañables que alegraron la vida de los



34. Escultura de las dos Marías en el parque de la Alameda. César Lombra.

santiagueses. Éste fue el caso de dos hermanas, Coralía y Maruxa, “las dos Marías”, que con sus vestidos de colores chillones y maquillajes extravagantes, salieron durante décadas cada día, lloviera o hiciera un sol de justicia, a las dos en punto de la tarde a pasear por las calles de la ciudad histórica y por los paseos de la Alameda buscando su soñado novio estudiante, que jamás apareció. Quizá

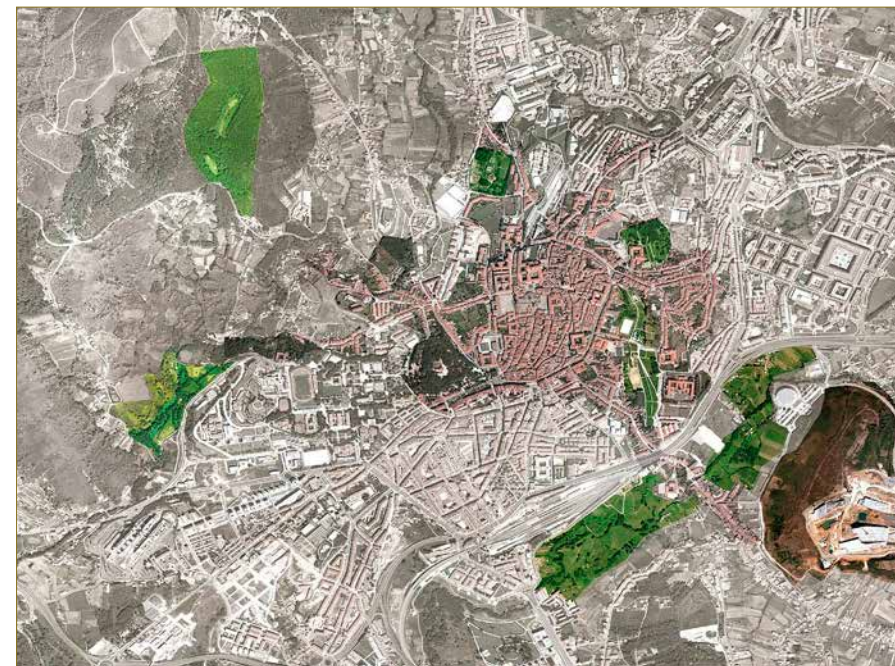
por ello Coralía y Maruxa nunca abandonaron la Alameda, allí continúan sus simpáticas imágenes atrayendo a cuanto turista llega a Compostela con la intención de inmortalizarse junto a las dos inolvidables Marías.

## NUEVOS TIEMPOS

En 1981 Galicia aprueba su segundo estatuto de autonomía; sólo dos años después Santiago de Compostela es elegida capital de la comunidad. A partir de este momento Santiago se desarrolla a un ritmo vertiginoso conociendo una nueva edad de oro. Los nuevos organismos ocupan viejos edificios, que ahora son rehabilitados, como ocurre con el antiguo colegio de sordos en San Caetano, sede de la Xunta de Galicia, o la facultad de veterinaria del Hórreo, ocupada por el Parlamento. Nuevas instituciones y servicios, como la Compañía de Radio y Televisión de Galicia o el Valedor do Pobo, atraen población a la ciudad. Para dar alojamiento a estos nuevos habitantes se construye a partir de 1990 el barrio de Fontiñas, un ensanche trazado con criterios de calidad urbanística: amplias zonas verdes, equipamientos, calles anchas y espacio de aparcamiento en una zona de alturas más limitadas que los barrios de los tiempos del desarrollismo. También en 1990 se aprueba un Plan General que pretendió encauzar el crecimiento de la ciudad, la cual ya por aquellos años se estaba expandiendo en los municipios del entorno, en los que se crearon barrios dormitorio como



35. La ciudad de Santiago de Compostela en 2007. El área remarcada corresponde a la zona protegida por el Plan Especial de Protección y Rehabilitación de la Ciudad Histórica.



36. Nuevas zonas verdes, vías de comunicación así como la Ciudad de la Cultura (esquina derecha inferior de la imagen) se construyen en los últimos veinte años.

Durante los años noventa y primera década del siglo XXI surgen nuevos parques, nuevas zonas residenciales, más suelo industrial y se mejoran las comunicaciones. Hoy Compostela está unida con el resto de Galicia por una red de autopistas que la convierten en el centro de su red viaria. El moderno aeropuerto internacional de Lavacolla cuenta con más de dos millones de pasajeros anuales y se están renovando las obsoletas vías férreas de manera que ahora es posible desplazarse desde cualquier ciudad gallega a Santiago en menos de una hora. Las campañas llevadas a cabo por la Xunta de Galicia con motivo de los diferentes Xacobeos han logrado incrementar de un modo considerable el número de turistas que se acercan a conocer la ciudad desde todos los puntos del globo, aunque los visitantes más ilustres fueron sin duda los papas Juan Pablo II - que visitó la tumba apostólica en 1982 y en 1989 con motivo de la IV Jornada Mundial de la Juventud - y Benedicto XVI, peregrino en el año santo de 2010.

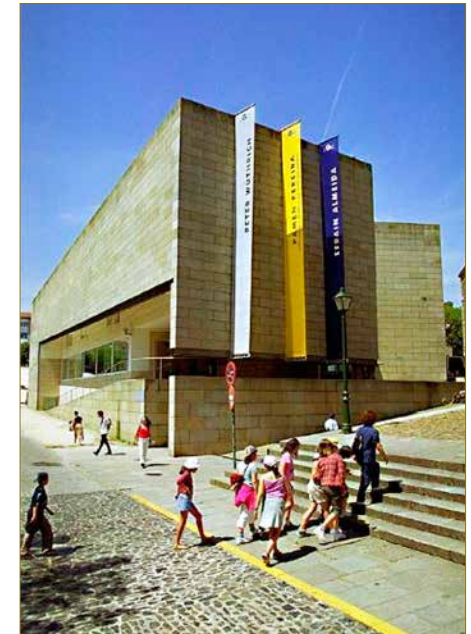
el Milladoiro, Los Tilos o Bertamiráns, que acabaron formando un área metropolitana que duplica la población de la ciudad central. Este plan estuvo en vigor hasta el año 2007, en que se aprueba el vigente Plan General de Ordenación Municipal.



37. Auditorio de Galicia, Julio Cano Lasso.



38. Centro social de la Trisca, John Hejduk.



39. CGAC, Álvaro Siza.

En las dos últimas décadas del siglo XX y principios del actual siglo Santiago vio un florecimiento de nuevas construcciones que incorporan la arquitectura y arte de vanguardia al patrimonio monumental de una ciudad renovada: el Auditorio de Galicia, obra de Julio Cano Lasso, se integra en un espacio verde en el que se creó un parque y un lago que refleja las formas cúbicas del edificio, cuyas paredes de piedra parecen inspirarse en lienzos de la ciudad histórica como el muro de San Paio; a Álvaro Siza le debemos algunas de las más afortunadas intervenciones, como el Centro Galego de Arte Contemporánea, la facultad de periodismo o el espléndido parque de Bonaval, que convierte el antiguo cementerio municipal y la huerta del convento de Santo Domingo en un parque que integra las ruinas y construcciones monumentales de su entorno en un conjunto escalonado de paseos con hermosas vistas de la zona monumental; para este mismo parque de Bonaval elaboró Eduardo Chillida su poética Puerta de la Música, único monumento público de este escultor en Galicia; en una zona próxima a la catedral, remodelada por Josef Paul Kleihues, el escultor neo-

expresionista Markus Lüpertz instaló su escultura “La gran española”; sobre una colina en las afueras de la ciudad levantó el arquitecto neoyorquino Peter Eisenman - autor también del Memorial del Holocausto en Berlín - la enorme y espectacular, aunque no exenta de cierta polémica, Ciudad de la Cultura de Galicia, formada por varios edificios destinados a bibliotecas, museos, archivos y otros usos culturales; en Santiago se encuentran las dos únicas obras del también norteamericano John Hejduk existentes en España: el centro social de la Trisca, un original edificio que contrasta con la arquitectura tradicional de este barrio santiagoés, y las dos torres levantadas en la Ciudad de la Cultura, que parecen evocar desde lo alto del monte Gaiás la fachada del Obradoiro; con un anteproyecto de Arata Isozaki, desarrollado por el gallego César Portela, se ha recuperado el parque de Vista Alegre en el que, junto a la casona de principios del siglo XX, los arquitectos César Portela y García Abril han creado una serie de edificios de formas casi esculturales que recuerdan la arquitectura megalítica... podrían mencionarse otras muchas obras - el palacio de congresos, las



40. Parque de Bonaval, Álvaro Siza.



43. Parque de Vista Alegre, edificios de César Portela y García Abril.



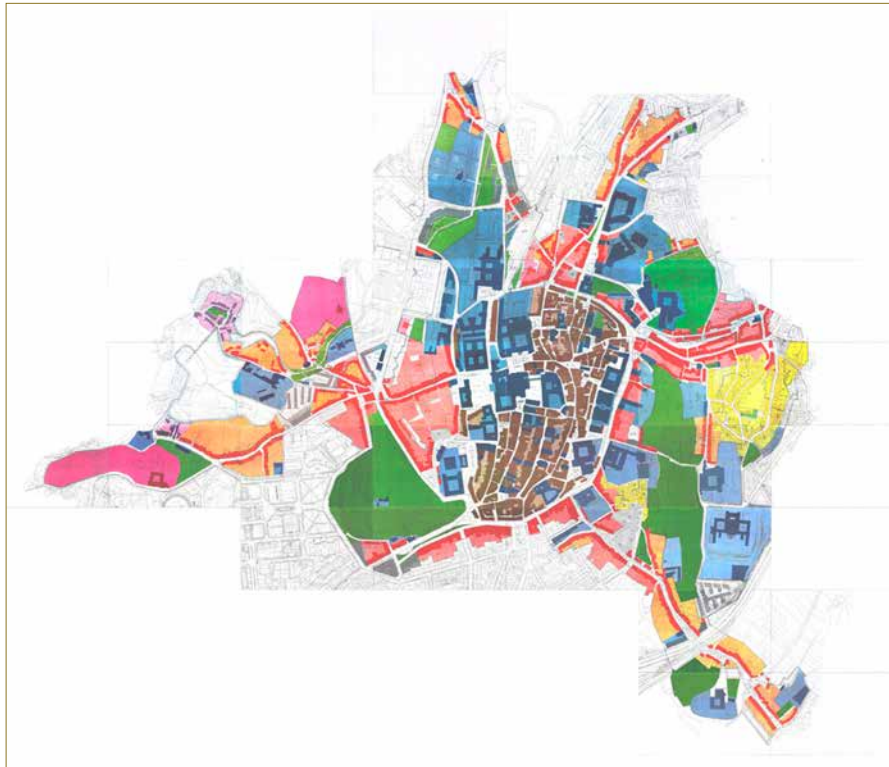
41. Puerta de la Música, Eduardo Chillida.



42. Ciudad de la Cultura, Peter Eisenman.  
Al fondo las dos torres de John Hejduk.

viviendas de la Vaquería junto a las orillas del río Sarela - pero añadiremos tan sólo una más por su emplazamiento único: la remodelación por el arquitecto Manuel Gallego Jorreto del antiguo edificio del Banco de España, en la Plaza de Platerías, para crear un museo junto a la puerta sur de la catedral, una obra que introduce la arquitectura de vanguardia, con espacios abiertos y muy luminosos, en el sacrosanto núcleo de la ciudad histórica.

Esta labor continua de enriquecimiento del patrimonio arquitectónico de Compostela, en la que es justo reconocer que participaron todas las Administraciones Públicas, vino acompañada de un incansable trabajo de rehabilitación de su casco histórico en el que podemos señalar como principales hitos la aprobación en 1997 del Plan especial de protección y rehabilitación de la ciudad histórica y la creación del Consorcio de Santiago, un ente público interadministrativo del que forman parte la Administración del Estado, la Xunta de Galicia y el Ayuntamiento de Santiago, y que se ha



44. Plan Especial de Protección y Rehabilitación de la Ciudad Histórica.

convertido en la principal herramienta para llevar a cabo esta tarea de conservación y puesta al día de la vieja ciudad de Compostela.

### LA CIUDAD HISTÓRICA DE SANTIAGO DE COMPOSTELA, PATRIMONIO MUNDIAL DE LA HUMANIDAD

El 4 de diciembre de 1985 el centro histórico de Santiago fue incluido en la lista del Patrimonio Mundial de la Unesco, que lo valoró como un prodigioso conjunto de insignes monumentos reunidos

en torno a la tumba de Santiago el mayor, punto final de todas las rutas de la mayor peregrinación cristiana entre los siglos XI y XVIII. La ciudad de Compostela pasó así a formar parte de este selecto grupo de lugares que merecen el reconocimiento mundial por los siguientes criterios:

*Criterio I:* Alrededor de su catedral, la cual es una obra maestra del románico reconocida mundialmente, Santiago de Compostela conserva un valioso centro histórico merecedor de ser una de las principales ciudades santas de la Cristiandad.

*Criterio II:* Durante los períodos románico y barroco el santuario de Santiago ejerció una decisiva influencia en el desarrollo de la arquitectura y el resto de las artes no sólo en Galicia, sino en todo el norte de la Península Ibérica.

*Criterio VI:* La ciudad de Santiago está asociada a uno de los principales fenómenos de la historia medieval. Desde las costas del mar del Norte o del Báltico miles de peregrinos caminaron durante siglos, llevando la concha y el bordón, hasta el santuario de Galicia a lo largo de los Caminos de Santiago, verdaderas rutas de la fe.

Esta declaración fue la primera y principal de toda una larga lista de distinciones que la ciudad de Compostela ha recibido a lo largo de los últimos treinta años, a la que siguen la concesión del Premio Europa por el Consejo de Europa en 1985; el reconocimiento del Camino de Santiago como

Primer Itinerario Cultural Europeo el día 23 de octubre de 1987; la concesión de la Bandera de Honor del Consejo de Europa, también en 1987, o la elección de Santiago de Compostela como una de las ciudades europeas de la cultura del año 2000 por el Consejo de Ministros de Cultura de la Unión Europea.

La importancia histórica y cultural de la peregrinación jacobea fue igualmente reconocida por la UNESCO, que incluyó finalmente el Camino de Santiago, en su tramo del Camino Francés desde Roncesvalles a Santiago, en la lista del Patrimonio Mundial el 10 de diciembre de 1993, declaración a la que se sumó en 1998 la inclusión en esta lista de las cuatro rutas principales que recorren Francia.



45. Placa con la declaración del Camino como Patrimonio de la Humanidad, en la Puerta del Camino de Santiago de Compostela



Estos galardones no hacen sino reconocer la vocación europeísta de Compostela, por cuyos caminos se expandieron en otro tiempo las ideas, el arte, la música o la fe de un continente que salía de su letargo de siglos y comenzaba a abrirse a sí mismo para después abrirse al mundo.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGRASAR QUIROGA, F. (Textos y comisario), 2009. A modernidade construída. Arquitectura galega. 1930-1970. Catálogo da exposición. Xunta de Galicia, Santiago.
- CALVO MARTÍN, M.J. 2001. Columnas de San Paio de Antealtares. Museo Arqueológico Nacional, Madrid.
- GONZÁLEZ MÉNDEZ, M. y LUACES ANCA, J. 2009. A cerca da cidade. Santiago de Compostela. Concello de Santiago, Santiago de Compostela.
- LÓPEZ ALSINA, F. 1998. La ciudad de Santiago de Compostela en la Alta Edad Media. Ayuntamiento de Santiago, centro de estudios jacobeos, Museo nacional de las peregrinaciones, Santiago.
- PALLARES, M<sup>a</sup> C, PORTELA, E, SÁNCHEZ, X.M., 2004. Rocha Forte, el castillo y su historia. Xunta de Galicia/Eurográficas. Santiago.
- RODRÍGUEZ, M.F. 2012. La Catedral de Santiago para los peregrinos. Guía Secreta. Bolanda ediciones, Santiago.
- ROSENDE VALDÉS, AA. 2004. Una historia urbana: Compostela 1595–1780. Concello de Santiago y Edicións NigraTrea, S.L., Santiago.
- SEIXAS SEOANE, M.A. 1998. Santiago y Galicia. Editorial Límite Visual, Mérida.
- SINGUL, F. 2001. La ciudad de las Luces. Arquitectura y urbanismo en Santiago de Compostela durante la Ilustración. Consorcio de Santiago, Santiago de Compostela.
- VARELA JÁCOME y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, 1971. Santiago de Compostela. Editorial Everest, León.
- VV.AA. 2003. Historia da cidade de Santiago de Compostela. Concello de Santiago, Consorcio de Santiago y Universidad de Santiago/ Imprenta Universitaria, Santiago.
- YZQUIERDO PERRÍN, R. 2005. El Maestro Mateo y la terminación de la catedral románica de Santiago. Libro: Los caminos de Santiago. Arte, Historia y Literatura. Pp. 253-284. Institución Fernando el Católico. Zaragoza.







 **Ciudades Patrimonio de la Humanidad**  
ESPAÑA | UNESCO